

# *El Barbastrense (1868), al fin, recuperado. La polémica de un joven y orgulloso Costa con sus redactores*

POR

JUAN CARLOS ARA TORRALBA\*

El objetivo de este trabajo de investigación es la pesquisa, el análisis de la polémica de un Joaquín Costa veinteañero con el director y redactores de la revista *El Barbastrense* (1868). Además del estudio pormenorizado de esta controversia y de su exacto contexto, se ofrece una detallada biografía de Arturo Zancada, director del, por fin, recuperado periódico barbastrense.

The aim of this article is to give a comprehensive analysis of Joaquín Costa's controversial texts (both manuscript and published in periodical papers of Huesca) against the editors and sub-editors of *El Barbastrense* (1868). Besides of the deep study of the context in which Costa's texts were written, an exhaustive biography of Arturo Zancada —editor of *El Barbastrense*— is included.

*EL BARBASTRENSE, UNA AVENTURA EDITORIAL DURANTE EL VERANO DE 1868*

Rara vez la fortuna suele acompañar al esfuerzo por recuperar aquellas colecciones periodísticas cuya simple lectura, en este caso, hubiera allanado el camino de los biógrafos de Joaquín Costa. Y, por descontado, cuando hablamos de biógrafos todos pensamos en George G. Cheyne, el investigador que habría completado buena parte de sus indagaciones acerca de la vida y obra de Costa durante los tres primeros cuartos del año 1868 de haber tenido a mano esta modesta publicación. Ignoramos cómo la colección completa de *El Barbastrense* más algunos números sueltos de *El Aragonés* pasó de las manos de su primer poseedor (seguramente, si atendemos a diversas anotaciones manuscritas en los márgenes de *El Aragonés*, Pancraccio Lafita, el ultramontano y erudito sacerdote barbastrense) a las estanterías del Thomas J. Dodd Center Research Center, de la Universidad de Connecticut, en su rica y curiosa sección de Spanish Periodical and Newspapers, pero el caso es que, gracias a la amabilidad de sus responsables y bibliotecarios, hoy podemos dar cuenta de *El Barbastrense* y analizar una serie de aspectos, aun briznas eruditas, acerca de la relación de Costa con el periódico y sus redactores.

---

\* Universidad de Zaragoza.

Antes del hallazgo, apenas contábamos con una sucinta descripción del periódico debida a Ricardo del Arco,<sup>1</sup> a la que han seguido recientemente parciales y breves aproximaciones al mismo derivadas de la conservación de un único ejemplar por parte de Enrique Padrós.<sup>2</sup> Se aseguraba que el día 19 de julio de 1868 había salido a la luz el primer número de un semanario que imitaba, en su título, la moda de bautizo topográfico inaugurada años antes por *El Madrileño*, *El Saldubense* o *El Leridano*, y continuada al poco por *El Oscense*, entre muchas otras empresas de vida, generalmente, breve. Salía *El Barbastrense* los sábados y se componía de cuatro páginas en folio prolongado.

En realidad, las humildes<sup>3</sup> cuatro páginas en folio prolongado del “número prospecto” que hizo las veces de número 1 de *El Barbastrense* salieron de las planchas de la Imprenta de Mariano Puyol (calle de la Fustería, 2) el lunes 20 de julio de 1868. Anunciábase como periódico semanal que saldría los domingos. Figuraron como puntos de suscripción la propia imprenta de Puyol y la librería de Jacobo María Pérez de la capital oscense. Aquella costaba 6 reales el trimestre, 11 los seis meses y 20 el año para suscriptores de la ciudad del Vero, y 7, 13 y 24, respectivamente, para los del resto de España. Quienes formalizasen el pago por adelantado podían insertar un anuncio gratis de cuatro líneas cada mes.

Según veremos, Arturo Zancada Conchillos, director de *El Barbastrense*, aprovechó una licencia en su carrera militar para pasar varios meses en la ciudad de donde era oriunda su madre en aquel año de 1868. Durante esta vacación, Zancada, junto a sus amigos los barbastrenses Cándido Baselga, Alfredo Sevil y Conrado Solsona, ideó la fundación de un periódico cuyos propósitos, como no podía ser de otra manera, quedaron cumplidamente expuestos en el “Prospecto”, firmado por la Redacción, que pudo leerse en la página inaugural de este *Barbastrense*. Debido seguramente a la mano de Zancada, en el mismo se contienen los tópicos esperables en la declaración de intenciones de este tipo de publicaciones comarcanas:

Las más pequeñas localidades, aunque solo sea por instinto de egoísmo, tienen un periódico donde dar a conocer sus necesidades, donde ensalzar sus productos, donde difundir sus ideas, y donde encuentran grato solaz con que distraer las horas de ocio

---

<sup>1</sup> Ricardo del ARCO, “La prensa periódica en la provincia de Huesca”, *Argensola*, 11 (1952), p. 230.

<sup>2</sup> María Pilar LASCORZ GARCÉS vio y utilizó este número (el 9, del 12 de septiembre de 1868), según se desprende de lo que señala en la página 102 de su estudio *Barbastro y su desarrollo urbano en el siglo XIX*, Huesca, IEA, 1987. Se describe, asimismo, en la página 9 del folleto de Juan Carlos FERRÉ CASTÁN, *Barbastro. 100 años de “El Cruzado Aragonés”. 160 años de prensa en Barbastro*, Barbastro, Ayuntamiento, 2003, y lo relaciona Manuel GARCÍA GUATAS en la 49 de su artículo “Lecturas de los altoaragoneses. La prensa en la provincia de Huesca”, en VV AA, “*El Cruzado Aragonés. Un siglo. 1903-2003*”, Barbastro, El Cruzado Aragonés, 2003, pp. 47-82.

<sup>3</sup> Son numerosos los deslices tipográficos que afean los números de la revista. Así, errores de paginación como los que se observan ya en el número prospecto.

después de las fatigas del trabajo. En Barbastro falta ese elemento indispensable para su desarrollo moral y material: nosotros, llenos de entusiasmo, de fe, y de amor al país, hemos acometido la ardua tarea de publicarle [...]. Barbastro tiene muchos títulos para aspirar al bienestar y al perfeccionamiento. Preciso es que para que lo alcance seguir la marcha que traza la civilización [...]. Las modestas y humildes columnas de *El Barbastrense* serán un libro abierto para todos. En sus páginas insertaremos con gusto cualquier trabajo que se nos presente, ya sea científico o puramente literario, y todo pensamiento útil, sobre cualquier mejora y adelanto de la población [...]. *El Barbastrense* será un lienzo donde se traslade la pintura daguerrotípica de la población, con sus hábitos, sus preocupaciones, su moralidad, su industria, su comercio, sus aspiraciones, sus glorias, su genialidad, su literatura, sus costumbres y sus necesidades [...]. Saldrá a la luz todos los domingos, y es nuestra idea que aparezca por lo menos dos veces a la semana; pero no sabiendo si contaremos con el favor del público no hemos querido prometer definitivamente una cosa que quizá no hubiéramos podido cumplir.<sup>4</sup>

*El Barbastrense* era, por lo tanto, una publicación *amena, literaria y de progreso*. A continuación del pequeño y *blanco* manifiesto compareció un artículo —firmado por Arturo Zancada y Conchillos— sobre uno de los principales intereses materiales del momento, ese anhelado ferrocarril que fatigará hojas y hojas de periódicos posteriores como *El Aragonés* o aquel *Clamor del Pirineo Central* de Estanislao de Antonio y Pascual Queral y Formigales. Tras el texto de Zancada, uno moral (“El desafío”) debido a la pluma del presbítero Alfredo Sevil Blanc —nacido en Barbastro el 27 de febrero de 1841— acerca de los duelos de honor. Completaban el número las esperadas secciones de revista de teatros o de miscelánea de gacetillas, y eutrapelias varias en forma de anagramas, charadas y poesías o prosas de circunstancias (así, un poema de Antonio F[ranco]., o la prosa “Las paraguayanas”, firmada con el seudónimo *Tadeo Cotinols* —tal vez Arturo Zancada—) que delataban el perfil juvenil, *boulevardier* —provinciano— y desenfadado de algunos de los *pollos* fundadores de *El Barbastrense*, que se divertían imitando las *causeries* festivas de los grandes periódicos ilustrados de la capital. Sin embargo, como nuevo indicio del ímpetu inicial por el *progreso* y la *ilustración*, se imprimía en formato de folletín la primera entrega de unos *Breves estudios de geografía botánica* debidos a F. Arce, que no tuvieron continuación.

Ya en domingo, como se prometió, apareció el 26 de julio el número 2 de *El Barbastrense*, que albergó, por la parte de “intereses materiales”, artículos de Mariano Romero y del barbastrense Mariano Barón en torno al ferrocarril de Selgua a Barbastro y la utilidad del comercio, respectivamente, y por la parte literaria y amena un soneto del también barbastrense Cándido Baselga —futuro alcalde de Barbastro, quien habría de fallecer en 1899—, una poesía anónima “A Isabel”, la rutinaria “Miscelánea” de noticias y un texto, firmado por *El Saboyano* (seguramente Arturo Zancada), que con ironía de *causerie* exponía las dificultades para encontrar suscriptores

---

<sup>4</sup> La Redacción, “Prospecto”, *El Barbastrense*, número prospecto (19-VII-1868), p. 1.

entre los indiferentes ciudadanos de Barbastro. Como artículo estrella figuró uno de otro barbastrense significado, el político Nicolás de Otto, dedicado a la biografía del escritor y jurista del siglo XVI Jerónimo Portolés (texto tomado de la *Revista de Legislación y Jurisprudencia* y reproducido en defensa del orgullo local frente a las supuestas inexactitudes de otro biógrafo de Portolés, el caspolino conde de Quinto). Si el folletín de F. Arce, señalado con anterioridad, no tuvo continuación, tampoco disfrutó de mejor suerte lo que tenía que suponer el inicio de una “galería de prohombres notables” tan usual en las revistas locales de la segunda mitad del XIX y primeros años del siglo XX. En el caso de *El Barbastrense*, menguado era el margen para su elaboración teniendo tan fresca la edición de la *Historia de Barbastro* de Saturnino López Novoa, a quien se recuerda en el inicio del artículo en cuestión.

No cuajando las esperables secciones *mayores* para el periódico, *El Barbastrense* continuó su singladura amena y material en los dos siguientes números, el 3, del sábado 1 de agosto de 1868, y el 4, del sábado 8. Engrosaron el lado material “Una súplica” de A[lfredo]. S[evil]. al Ayuntamiento sobre ciertas mejoras,<sup>5</sup> una crónica sobre la próxima Exposición Aragonesa que se iba a celebrar en Zaragoza, firmada por Z[ancada],<sup>6</sup> la segunda entrega del artículo de Mariano Barón sobre la utilidad del comercio<sup>7</sup> y un texto anónimo sobre “Obras públicas”.<sup>8</sup> En el lado eutrapélico figuraron poemas de Cándido Baselga,<sup>9</sup> Alfredo Sevil,<sup>10</sup> del compañero de fatigas militares de Zancada Manuel Traves<sup>11</sup> y de Antonio Franco,<sup>12</sup> un artículo religioso de F. Sellarés<sup>13</sup> tomado de otro periódico por mor de los intereses morales de Alfredo Sevil, una crónica festiva sobre celebraciones en Estadilla y Costean de Conrado Solsona y Baselga (1851-1916)<sup>14</sup> o misceláneas noticieras y revistas de la semana que, a veces sin firma, fueron escritas siempre por el director Arturo Zancada y Conchillos, quien, a partir del número 3 de *El Barbastrense*, advirtió al final de la última columna, justo antes del pie de imprenta, que “por todo lo no firmado: Arturo Zancada y Conchillos”. Zancada, por cierto, residía en la calle Mayor, 6, dirección del administrador de *El Barbastrense*.

---

<sup>5</sup> *El Barbastrense*, 3 (1-VIII-1868), p. 1.

<sup>6</sup> *El Barbastrense*, 3 (1-VIII-1868), pp. 1-2.

<sup>7</sup> *El Barbastrense*, 4 (8-VIII-1868), pp. 1-2.

<sup>8</sup> *El Barbastrense*, 4 (8-VIII-1868), p. 3.

<sup>9</sup> “El poeta”, *El Barbastrense*, 3 (1-VIII-1868), p. 1. “Saludo al Batallón Cazadores de Ciudad Rodrigo”, *El Barbastrense*, 4 (8-VIII-1868), p. 4.

<sup>10</sup> “La más bella”, *El Barbastrense*, 3 (1-VIII-1868), p. 2.

<sup>11</sup> “A Barbastro. Soneto”, *El Barbastrense*, 3 (1-VIII-1868), p. 3.

<sup>12</sup> “De todo un poco”, *El Barbastrense*, 3 (1-VIII-1868), p. 4.

<sup>13</sup> “Roma y la cruz”, *El Barbastrense*, 4 (8-VIII-1868), p. 2.

<sup>14</sup> *El Barbastrense*, 4 (8-VIII-1868), pp. 2-3.

Síntoma de que la publicación no marchaba del todo bien fue el cambio de impresor de *El Barbastrense*. A partir del número 5, del sábado 15 de agosto, se tiró en los talleres editoriales de Gregorio Ferraz y López, sitos en la calle Mayor, 31. Los cambios afectaron solamente a la tipografía, tanto en la cabecera como en el cuerpo de las columnas, según era de prever por la diferencia de máquinas y tipos empleados por Puyol y Ferraz. En un suelto de la página 1 de este número 5, Zancada advirtió, discretamente, del trueque de impresores, sin entrar en mayores detalles de los “motivos particulares”.

A cualquier lector medianamente avisado no se le escapaba que la revista podía entrar en una dinámica anodina. Un suelto en defensa de las sociedades de seguros a mitad de camino entre el anuncio y el canto a la prosperidad civil así lo delataba. Y era cosa que no ignoraban los veraniegos redactores de *El Barbastrense*, si hacemos caso a la “Revista de la semana”, firmada por Mariano Barón en este número 5. En el 6, del sábado 22 de agosto, el propio Barón entregaba un nuevo capítulo de sus disquisiciones sobre la utilidad del comercio (lo propio, pero dando a la imprenta la segunda entrega, hizo el anónimo escritor del interesante relato fantástico-satírico “Historia que a muchos parecerá cuento”), mientras que Manuel Duarte se estrenaba con un poema “A Filis” y Cándido Baselga ofrecía a la revista un nuevo soneto. También en el 6 repetía Nicolás de Otto con un remitido acerca de la repercusión de la *Historia de Barbastro* de López Novoa.

La proximidad de las fiestas de la localidad no animó en demasía el tono de la revista. En el número 7, del sábado 29 de agosto, además de la interesante reseña de *El faro de los niños* que, como los textos relacionados con la polémica con Joaquín Costa, examinaremos en otro apartado, comparecieron nuevos poemas de Cándido Baselga y Alfredo Sevil, la tercera entrega de la “Historia que a muchos parecerá cuento” y la primera de un “Coloquio entre un médico puro y un cirujano de tercera clase”, de Sebastián Fillat, además de las tradicionales gacetillas misceláneas, sueltos y charadas.

Las citadas ferias de Barbastro dejaron huella en el número 8 de *El Barbastrense* (sábado, 5 de septiembre de 1868) en forma de un artículo de Mariano Barón y otro, anónimo (pero de Arturo Zancada, según conocemos), de subido interés para comprender cabalmente algunas claves de la polémica entre Zancada y Costa (también lo tiene la afición *concertista* del director de *El Barbastrense*, puesto que al final del número se anuncia la venta de una *Romanza* cuya letra se debía a Zancada y la música a Enrique Ferrer). A la casi segura visita desde Barcelona a Barbastro del juez Félix de Antonio con motivo de las fiestas se debe la publicación de su poema extenso “Consejos de una madre. Los dos entierros”.<sup>15</sup> Completaron el número una nueva

---

<sup>15</sup> *El Barbastrense*, 8 (5-IX-1868), p. 3.

entrega del “Coloquio” de Sebastián Fillat y la conclusión del polémico relato estrambótico “Historia que a muchos parecerá cuento”.

En el número 9, del sábado 12 de septiembre de 1868, podemos leer la acre respuesta de Alfredo Sevil a las insidiosas palabras de Costa en *El Oscense*, intervención que analizaremos más adelante. Sebastián Fillat dio fin a su insulso coloquio, mientras que José María Serrate incluyó un artículo de fondo acerca de “La falsificación de las harinas”. El propio Zancada hubo de rellenar como pudo la parte recreativo-literaria, inexistente en este número, con una revista de la semana y una crónica del concierto celebrado en la feria septembrina y en el que él mismo había participado como intérprete.

Quizá el texto “La esperanza”,<sup>16</sup> con el que Arturo Zancada y Conchillos hubo de abrir el número 10 de *El Barbastrense*, del sábado 19 de septiembre de 1868, haya de ser leído en clave de revolución próxima, máxime sabiendo que Zancada fue de los militares progresistas que secundarían la bandera *gloriosa* sin resquicio de duda y que diez días más tarde sería ascendido al grado de teniente nada más abrazar la revolución. Otros militares escribieron versos para estos días de vísperas: el hermano de Arturo, Ramiro Zancada, y el coronel Manuel Travesí. También los hermanos Serrate colaboraron en este número: por un lado José María, con un artículo sobre la fabricación de vinos, y Vicente, con un poema de circunstancias titulado “Las lágrimas”. De mayor importancia para nuestros intereses particulares en este pequeño ensayo son los últimos renglones dirigidos por los redactores de *El Barbastrense* contra el Joaquín Costa emboscado tras las iniciales A. Q.: es un suelto escrito con urgencia que hubo de buscar asiento en las últimas columnas del periódico.

Pero para urgencias las que se vivieron en la semana que transcurrió entre la salida del número 10 y la del 11 de *El Barbastrense*. Cuando aparece este último, el sábado 26 de septiembre de 1868, la situación en Barbastro todavía no es favorable a los *españoles con honra*, según comprobamos por las noticias oficiales que se insertan en la página 1 y por el confuso movimiento de tropas del que se da cuenta en la 4.<sup>17</sup> Por lo demás, Ramiro Zancada tornó a colaborar con una sentida y tópica prosa, Cándido Baselga con la primera parte de una “Oda a Dios”, remedo pálido de la de José Zorrilla, y José María Serrate con su segunda entrega en torno a la fabricación de vinos. Según tendremos ocasión de analizar, es posible que hubiera un ataque a Costa y sus *anónimos* en el artículo de Alfredo Sevil titulado, precisamente, “El anónimo”.

---

<sup>16</sup> “La esperanza”, *El Barbastrense*, 10 (19-IX-1868), p. 1.

<sup>17</sup> También en Graus vivían ajenos el 21 de septiembre a los acontecimientos político-militares, según podemos entender del plácido inicio del curso 1868-1869 en los jesuitas gradenses, del que informa el corresponsal J. A. C. en la página 3 de este número 11 de *El Barbastrense*.

El último número de *El Barbastrense* coincide con el triunfo definitivo de la revolución septembrina. Así, en la página 4 del este número 12, del sábado 3 de octubre de 1868, se imprimen las esperables noticias favorables a la implantación y primeras actuaciones de la Junta Revolucionaria de Barbastro desde el 29 de septiembre —presidida por Juan Pardina y Espluga—. En esa misma plana final se anuncia que, este día 4, en el teatro se representará el drama titulado *¡Viva el Pueblo Soberano!* El resto del periódico transitó por la esperable atonía en forma de la conclusión de la oda de Cándido Baselga, de una leyenda de Mariano Barón y de una carta nostálgica del militar Travesí remitida desde Zaragoza en recuerdo de los días pasados en Barbastro, por la parte *amena*, y de artículos sobre bancos agrícolas y vinos, por la parte *de fomento*, debidos a la pluma de Mariano Romero y Gregorio Laguna, respectivamente.

Si el militar Travesí se despedía de Barbastro, también el propio Zancada daba fin a sus meses de licencia y con ellos a la aventura estival de *El Barbastrense*. Una nota en cuerpo mayor de letra, al inicio del número 12, y último, no dejaba lugar a dudas:

Motivos independientes de nuestra voluntad nos ponen en el caso de suspender por algún tiempo la publicación de *El Barbastrense*. A los suscritos por más de un trimestre se les indemnizará de los perjuicios que les ocasiona esta determinación.

LA REDACCIÓN

EL DIRECTOR DE *EL BARBASTRENSE*, ARTURO ZANCADA Y CONCHILLOS<sup>18</sup>

Arturo Rafael Faustino Zancada y Conchillos, barbastrense de adopción por el fuerte vínculo con la casa familiar materna, había venido al mundo en Zaragoza al filo de la medianoche del 9 de marzo de 1847. Era el primogénito del matrimonio formado por Segundo Félix Zancada Pérez-Machado, teniente de infantería y natural de Orense, y Matilde Conchillos Crespo, perteneciente a una conocida familia de Barbastro. Los abuelos paternos eran Félix Zancada y Bernardina Pérez-Machado, de Orense, y los maternos Antonino Conchillos y Rafaela Crespo, de Barbastro. Bautizado a las pocas horas en la zaragozana capilla de San Gil Abad, actuó de padrino su tío Faustino Conchillos Crespo.<sup>19</sup>

Heredó el joven Arturo el abolengo liberal que informaba las dos ramas de su familia, tanto la materna, significada en los episodios de la guerra de la Independencia y en los de la primera Guerra Civil, como la paterna, representada por un padre

---

<sup>18</sup> Tomo buena parte del texto de este apartado del capítulo “Biografía de un militar liberal” de mi libro *Arturo Zancada Conchillos y sus proyectos culturales La Ilustración Militar y La Ilustración Nacional*, Huesca, IEA (“Colección de Estudios Altoaragoneses”, 54), 2007, pp. 15-28.

<sup>19</sup> Libro de Bautismos de la iglesia de San Gil Abad de Zaragoza, t. vii, f. 86v.

destinado a Aragón en aquellos siete largos años que precedieron al abrazo de Vergara. Tras perseguir facciones carlistas en el Alto Aragón vio Segundo Félix Zancada cómo Espartero lograba el poder político y, al poco, de qué manera los *anglo-ayacuchos* fueron perdiendo popularidad conforme transcurrían los dos primeros años de la cuarta década del siglo pasado. En Huesca sorprendieron a Segundo Zancada los acontecimientos subsiguientes al levantamiento contra Espartero del verano de 1843. Ante esta situación, Zancada fue de los primeros que, desde Huesca, se sublevaron contra el general riojano.<sup>20</sup>

En la provincia, sin embargo, estas circunstancias supusieron un nuevo agrietamiento de la de por sí ya deteriorada relación entre Huesca y Barbastro causada por la polémica cuestión de la capitalidad.<sup>21</sup> Fue en esta sazón, seguramente, cuando el oficial Zancada debió de tratar y conocer a la joven Matilde Conchillos. Trasladado Zancada a la capitania de Aragón en Zaragoza, allí contrajeron matrimonio y vieron nacer al futuro director de *La Ilustración Militar*.

Al parecer doña Matilde Conchillos decidió al poco de nacer Arturo marchar a Barbastro, donde se hicieron cargo del pequeño ella y sus abuelos maternos. De esta manera, la infancia y adolescencia de Zancada transcurrieron a orillas del río Vero, concretamente en las habitaciones de la casa de la calle Mayor, 6, domicilio de los Conchillos. Como no podía ser de otra manera, Arturo aprendió las primeras letras en los escolapios de Barbastro,<sup>22</sup> hasta que sus abuelos decidieron enviarle, en agosto de 1857, al Instituto Provincial de Segunda Enseñanza de Huesca.

Ahora bien, Arturo Zancada apenas pisó las losas de la vieja Universidad Sertoriana, ya que decidió seguir los pasos de su padre en 1859.<sup>23</sup> De esta manera, ingresó como alumno en el Colegio de Infantería de Toledo el 2 de julio de 1859.<sup>24</sup> Ya cadete en 1861, hizo sus prácticas en el Regimiento de Infantería de Mallorca nº 13, de guarnición en Lérida, del cual pasó al de Saboya, en Zaragoza. Como subteniente, vivió

---

<sup>20</sup> Su nombre figura entre la nómina de oficiales y milicianos sublevados que aparece en el *Boletín Oficial de la Provincia de Huesca* del 13 de julio de 1843.

<sup>21</sup> Cuestión que influyó decisivamente hasta en la decadencia progresiva del Liceo Artístico Literario y Artístico de Huesca (1840-1845) (vid. Juan Carlos ARA TORRALBA, "Jóvenes, oscenses y liberales: el Liceo Artístico y Literario de Huesca (1840-1845)", *A Escala. Letras oscenses. Siglos XIX-XX*, Zaragoza, Rolde, 1999, pp. 13-52).

<sup>22</sup> Según se lee en el certificado expedido por el padre Miguel Espada, ministro de Instrucción Primaria de las Escuelas Pías de Barbastro, el 30 de agosto de 1857 (Archivo Histórico Provincial de Huesca, sección Instituto, leg. 766, exp. de Arturo Zancada y Conchillos).

<sup>23</sup> También el hermano menor de Arturo, Ramiro Zancada y Conchillos, seguiría la carrera militar, concretamente en el cuerpo de carabineros. Hermanas de Arturo fueron, asimismo, Cándida Zancada y Conchillos y Laura Zancada, quien casó con el juez de Boltaña Manuel Lardiés.

<sup>24</sup> Todos los datos de la trayectoria castrense de Arturo Zancada están extraídos de la *Hoja de Servicios de D. Arturo Zancada y Conchillos* (Archivo General Militar de Segovia, sección 1ª, división 1ª, Z-119).

los años de 1862 y parte de 1863 en Zaragoza. El resto de 1863 y 1864 fue destinado con su regimiento, sucesivamente, a Leganés, Madrid y Ciudad Real.

De guarnición en Vitoria durante casi todo el 1865, pasó a Valladolid y luego a Lérida a principios del siguiente año. En la ciudad catalana pidió licencia para pasar cuatro meses con sus familiares de Barbastro, la cual disfrutaría en dos periodos (abril-junio y septiembre de 1866). Lérida y Seo de Urgell fueron sus lugares de destino en el ya políticamente enrarecido año de 1867. De hecho, el 7 de agosto intervino en la dispersión de una facción sublevada en Papiol. Desde ese momento, los destinos por la región catalana fueron constantes (Sant Baudili de Llobregat, Villanova i la Geltrú, Gerona...).

En mayo de 1868 solicitó nueva licencia para disfrutar de seis meses en Barbastro. Fue entonces cuando ideó, junto a algunos amigos de la ciudad, según sabemos, la fundación de la revista *El Barbastrense*. La revolución de 1868 acabó con aquella, pues su director fue llamado de nuevo a filas ante el cariz que tomaban los acontecimientos. El 29 de septiembre Arturo Zancada se adhirió a la sublevación de Prim, Topete y Serrano, logrando automáticamente el ascenso a teniente. Continuó en destinos catalanes (Gerona, Olot, Manresa) hasta recalar en Zaragoza a finales de año, ciudad en la que residiría todo el 1869. Al año siguiente fue destinado a Granada y Málaga. Le sorprendió el juramento a Amadeo I el 11 de febrero de 1871 en la guarnición de Melilla. De allí pasó a Valencia y Madrid.

La oportunidad del ascenso y de la gloria militares le sobrevino a Zancada con ocasión de la campaña de hostilidad a los insurrectos carlistas en el País Vasco-Navarro llevada a cabo en la primavera-verano de 1872. Tras diversas acciones de guerra a las órdenes de Antonio López de Letona, ganó el grado de capitán y posteriormente la Cruz de Primera Clase del Mérito Militar y la Cruz Roja del Mérito Militar de Primera Clase, al enfrentarse con éxito a las partidas del cura Santa Cruz, de Oscáriz, Yriarte y Mendivil.

Las participaciones en pequeños encuentros con los facciosos continuaron en 1873 hasta que en octubre de aquel año el ejecutivo republicano lo trasladó al Batallón Provincial de León. Finiquitada la I República, retornó al frente de guerra vascongado en mayo de 1874 a las órdenes del marqués del Duero. Después de participar en el asedio de Estella, volvió a León en septiembre de aquel año. Con Alfonso XII regresado a tierras españolas, Zancada fue destinado a la División del Ejército de Operaciones del Centro. Ya en abril, pasó a las órdenes de Juan Delatre, con quien tendría ocasión de barrer a los carlistas —los de Dorregaray, Rivera, Vizcarro, Cuca y Álvarez, entre los cuales figuraba su rival de *El Oscense*, el pintor y escritor León Abadías y Santolaria— de la tierra de su madre, puesto que participaría en las operaciones de la sierra de Guara, Boltaña y Monte Perdido. Exactamente en la acción de Puyaruelo ganaría el grado de comandante, y varias menciones honoríficas —amén de la Cruz de Segunda Clase de San Fernando— por sus éxitos en Salas Altas, Adahuesca y Lumbier, entre otros lugares.

Zancada, ya teniente coronel, desde finales de 1875,<sup>25</sup> y muy aficionado a la literatura militar,<sup>26</sup> pasó en 1876 de Zaragoza<sup>27</sup> a Jaén, y de la guarnición andaluza a la norteafricana de Ceuta. Por entonces decidió casarse, estando en situación de reemplazo, con Práxedes Ruata Casamayor, una altoaragonesa oriunda de Alcubierre. El 24 de enero de 1877 contrajeron matrimonio, y de esta unión irían naciendo, sucesivamente, Práxedes (el primogénito vendría al mundo el día de Año Nuevo de 1880), Julio, María, Teresa, Narcisa y Carmen Zancada Ruata.

Tras este peregrinaje de destinos y batallas, Arturo Zancada consiguió, al fin, recalar en Madrid definitivamente. El 23 de mayo de 1878 fue destinado en concepto de agregado al Ministerio de la Guerra.<sup>28</sup> En tal destino quedó durante los cinco años siguientes, pues el 25 de noviembre de 1883 —el 25 de enero había obtenido la Cruz de Segunda Clase del Mérito Naval— consiguió entrar en la plantilla de la Subsecretaría de Guerra. Finalmente, el 9 de octubre de 1884 pasó a la situación de supernumerario.

Ya más cercano al foro político<sup>29</sup> que al patio de armas castrense, Zancada obtuvo el 29 de julio de 1885 la Cruz de San Hermenegildo. Un año más tarde, según tendremos ocasión de observar, daba inicio a su carrera civil en Huesca; consciente del cambio de rumbos, una real orden del 29 de julio de 1887 le concedió el retiro.

Este paso a destinos civiles, fruto de sus fervorosas convicciones sagastinas —su mujer, accidentalmente, y su primogénito, voluntariamente, se llamaron Práxedes—, no se entiende sin la fundación en octubre de 1880 de la gran empresa cultural dirigida por Zancada, *La Ilustración Militar*, y la colección paralela “Biblioteca Económica del Ejército y la Armada”.<sup>30</sup> No desaprovechó Zancada su destino en la capital

---

<sup>25</sup> “El jefe accidental de E. M. de la división del general Delatre, D. Arturo Zancada, ha sido agraciado con el empleo de comandante” (*El Diario de Huesca*, 2 de diciembre de 1875).

<sup>26</sup> “El Sr. D. Arturo Zancada, encargado actualmente del E. M. de la división Delatre, según dicen algunos periódicos de Madrid, publicará pronto unos curiosos escritos sobre la organización del ejército. No dudamos que la obra de nuestro distinguido paisano, Sr. Zancada, será bien acogida por las personas competentes en el asunto a que se refiere” (*El Diario de Huesca*, 19 de noviembre de 1875).

<sup>27</sup> Los meses de junio y julio de 1876 los pasó, convalciente, en el balneario de Panticosa.

<sup>28</sup> Circunstancia reseñada con celeridad y fraternidad coterránea por *El Diario de Huesca*: “El teniente coronel graduado, comandante de infantería, nuestro paisano D. Arturo Zancada Conchillos, ha sido destinado al ministerio de la Guerra en concepto de agregado” (28 de mayo de 1878).

<sup>29</sup> Cultivó Zancada con astucia sus contactos con el mundo político, y no desaprovechó ocasión alguna para aparecer en fastos colectivos, como cuando se celebró en Aragón la concesión del Zaragoza-Canfranc. Zancada envió un soneto al extraordinario álbum *Zaragoza-Canfranc*, del 22 de octubre de 1882; junto a su firma aparecieron las de los amigos Araus, Solsona, Mediano, Marín, Gil y Gil, Sancho y Gil o Pablo Ordax.

<sup>30</sup> “En cuanto a los intentos particulares por editar colecciones bibliográficas interesantes y a bajo coste, destaca la ‘Biblioteca Económica del Ejército y la Armada’, dirigida en 1880 por el teniente coronel, comandante don Arturo Zancada. La idea consistía en poner a disposición de los militares una auténtica biblioteca enciclopédica. Pero la gran novedad era precisamente el bajo precio de las obras, tan solo

de España para establecer contactos con la plana mayor de los militares liberales con vocación cultural y literaria.<sup>31</sup> De lo que en un principio no parecía sino un sarpuellido de diagnóstico gremial, Zancada logró sacar adelante una revista que, con cambios en su título, viviría cuatro lustros holgados.

A una distancia cronológica prudencial de los episodios republicanos y de la tercera carlistada, buena parte de la supracitada plana mayor del Ministerio de la Guerra decidió revivir los lejanos tiempos del Ateneo Militar<sup>32</sup> y, más aún, los romántico-liberales del año 40, para fundar el Centro del Ejército y de la Armada. Como órgano de estos propósitos, remozados, como señalaremos, con el espíritu de concordia transactivo y restaurador típico del momento, nació el periódico dirigido por Arturo Zancada y Conchillos. No tardó la vanguardia del movimiento (Zancada, Luis Vidart, Alfonso Ordax, Francisco Barado, Arturo Cotarelo, Francisco Villamartín..., entre los militares, y el barbastrense Conrado Solsona como civil y redactor de *La Corres*) en vocear sus intenciones, y así, con ocasión del banquete realizado en honor de Arturo Zancada el 12 de junio de 1881, se lanzó la idea de la creación del Círculo, respaldada también por los más veteranos miembros de *La Correspondencia Militar*

---

50 céntimos. Se trataba de pequeños volúmenes de 15 x 10,5 cm, en un papel de calidad ínfima. Las previsiones incluían la publicación de dos obras cada trimestre, acompañadas de dos revistas gráficas sobre temas de actualidad militar. Comenzó la biblioteca económica publicando *Operaciones de noche en campaña* (1880), de Jules Bourelly, traducido por de Sanz de Urraca” (Pablo GONZÁLEZ-POLA DE LA GRANJA, *La configuración de la mentalidad militar contemporánea y el movimiento militar castrense. El siglo crítico 1800-1900*, tesis doctoral, Madrid, UCM, 2002, p. 311). La prensa oscense, atenta a los avances de Zancada, se hizo eco también de la existencia de la “Biblioteca”: “El ilustrado escritor militar y amigo nuestro y paisano, teniente coronel don Arturo Zancada, ha sido autorizado para publicar una biblioteca militar económica del ejército y armada” (*El Diario de Huesca*, 20 de agosto de 1880).

<sup>31</sup> Fue precisamente la casa de Zancada en Madrid el lugar de reunión periódica, durante el otoño de 1878 y a lo largo de 1879, del puñado de militares progresistas (Luis Vidart, Arturo Cotarelo, Francisco Villamartín) que, sintiéndose herederos del espíritu del Ateneo Militar de 1871, decidieron al fin fundar tanto el órgano periodístico *La Ilustración Militar* como la asociación Centro del Ejército y de la Armada. Vid. Joaquín COLL Y ASTRELL, *Monografía histórica del Centro del Ejército y de la Armada*, Madrid, Imprenta de la Administración Militar, 1902; Arturo ZANCADA, “El Centro del Ejército y de la Armada. Reseña histórica”, *La Ilustración Nacional*, 5 (20-II 1900), pp. 51-52; ídem, “El Centro del Ejército y de la Armada”, *La Ilustración Nacional*, 8 (28-IV 1899), pp. 86-87; *Reglamento del Centro del Ejército y de la Armada*, Madrid, Tipografía de D. Pacheco, 1883, y Miguel GISTAU FERRANDO, *Monografía y catálogo de la biblioteca del Centro del Ejército y de la Armada*, Madrid, Taller Tipográfico de El Imparcial, 1917; pero especialmente las monografías de Thilo Jens WITTENBERG, *Mut und Ehre. Die professionelle ideologische und politische Entwicklung des Spanischen Offizierskorps im 19. Jahrhundert (1808-1908)*, Friburgo, Universidad, 1995, accesible vía Internet (<http://www.Freidok.Uni-freiburg.de/volltexte/90/>), y de Pablo GONZÁLEZ-POLA DE LA GRANJA, *La configuración...*, cit.

<sup>32</sup> El progresista Ateneo Militar se fundó en 1871 y sería disuelto en 1874. Contó con publicación propia: *Revista del Ateneo Militar (1872-1873)* (vid. Luis VIDART, *Discurso pronunciado en la inauguración del Ateneo del Ejército y de la Armada el 16 de julio de 1871 por su vicepresidente don Luis Vidart y Schuch*, Madrid, Imprenta del Depósito de Guerra, 1871, y Pablo GONZÁLEZ-POLA DE LA GRANJA, *La configuración...*, cit., pp. 182-253).

(1876-1932), la barcelonesa *Revista Científico-Militar* (1876-1911), la *Revista Militar Española* (fundada en 1874) y *El Correo Militar* (1869-1901).<sup>33</sup> La Junta Organizadora del Círculo la componían, entre otros, Zancada, como presidente, amén de Vidart, Madariaga, Hernández Raymundo, Bonelli, Lagarde, Prieto, Barado, Pignatelli, Cotarelo, Ordax, Alvear y Ortiz de Pinedo.<sup>34</sup>

Por fin, en noviembre de 1881 se constituyó el Centro Militar Español, teniendo como sede provisional una casona en la calle de Fuencarral.<sup>35</sup> El primer presidente fue, tras arduo consenso entre facciones conservadoras y liberales, Blas de Villate y la Hera, conde de Balmaceda.<sup>36</sup> Muerto este el 8 de enero de 1882, y adoleciendo de problemas de espacio el viejo edificio, se reunió el Consejo de Gobierno del Centro del Ejército y de la Armada en abril de 1882, presidido por el mariscal Emilio Molins.<sup>37</sup> Como consecuencia, resultó presidente el general José Riquelme y Gómez —que sucedía al efímero contralmirante Montoja— y se consiguió un nuevo local. El espacio de la calle del Príncipe sería inaugurado el 12 de junio de 1882.<sup>38</sup> Comenzó entonces la época más brillante del Círculo, con las veladas de Ros de Olano, las conferencias de Vidart y las campañas en favor del Círculo de Bellas Artes de Madrid, periodo que culmina con la consecución de un nuevo y lujoso local, el palacio de la condesa de Montijo, el 2 de mayo de 1886, siendo presidente el general Salamanca.

Pero para entonces Zancada ya tenía puestas sus miradas en la vida política. No extraña que *La Ilustración Militar* pasase a ser *Nacional* en 1884 y que en la inaugu-

---

<sup>33</sup> “Crónica”, *La Ilustración Militar*, 9 (julio de 1881), p. 142. Para la notable influencia de los periódicos militares —señaladamente *La Correspondencia* y *El Correo*— en la vida política y cultural de la Restauración, vid. Francisco José VANACLOCHA BELLVER, *La opinión militar ante el sistema político (1874-1898)*, Madrid, UCM, 1983, y *Prensa político-militar y sistema de partidos en España (1874-1898)*, Madrid, Fundación Juan March, 1981.

<sup>34</sup> “Círculo Militar”, *La Ilustración Militar*, 9 (julio de 1881), pp. 157-160. “La iniciativa para la fundación del Centro madrileño se formuló en un banquete que en torno al comandante Arturo Zancada, director de ‘La Ilustración Militar’, reunió a una buena parte de las figuras más brillantes de la intelectualidad militar del momento [...]. Inmediatamente los periódicos militares se lanzaron a promover la idea y publicar listas de las primeras adhesiones, encabezadas por el principal impulsor del desaparecido Ateneo Militar: don Luis Vidart. Junto a este podemos encontrar a personalidades relevantes del movimiento intelectual militar como Francisco Barado, los hermanos Juan y Federico Madariaga, el marino Fernández Duro, el explorador y geógrafo Emilio Bonelli, Muñiz y Terrones, Jacinto Hermúa, Cándido Varaona y Eduardo Reylen, entre otros muchos” (Pablo GONZÁLEZ-POLA DE LA GRANJA, *La configuración...*, cit., p. 328).

<sup>35</sup> “Crónica”, *La Ilustración Militar*, 13 (noviembre de 1881), p. 210. “Centro del Ejército y Armada. Reseña histórica”, *La Ilustración Nacional*, 5 (20-II-1900), pp. 51-52.

<sup>36</sup> “Crónica”, *La Ilustración Militar*, 14 (5-XII-1881), p. 226.

<sup>37</sup> “Crónica”, *La Ilustración Militar*, 19 (abril de 1882), p. 315.

<sup>38</sup> “Crónica”, *La Ilustración Militar*, 21 (junio de 1882), p. 351. Grabado de Parras sobre dibujo de Lagarde con los interiores del nuevo local en el número 22 (julio de 1882), p. 368. Grabado de Lagarde sobre dibujo de Meléndez con vistas de la Biblioteca y Sala de Armas del “Centro Militar” en *La Ilustración Militar*, 26 (noviembre de 1882), pp. 436-437.

ración del nuevo local en 1886 hablasen Castelar, Silvela y Moret.<sup>39</sup> Voluntaria y subrepticamente, *La Ilustración Militar* había ido sirviendo a los intereses del fusio-nismo desde sus inicios y, como pago a los buenos servicios de Zancada, Moret y el mismo Práxedes Mateo Sagasta, cuando alcanzó la jefatura del Gobierno en 1886, no tardaron en introducir a Zancada en el *encasillado* de gobernadores.

El Consejo de Ministros del 1 de julio de 1886 nombró a Arturo Zancada y Conchillos gobernador civil de la provincia de Huesca.<sup>40</sup> Sagasta consideraría justo dar a Zancada el gobierno de su lugar de adopción y fuero, teniendo muy en cuenta el descalabro de su candidato electoral frente al protegido de Manuel Camo, Emilio Castelar, en el distrito de Huesca. Nadie más indicado que un “hijo” de la siempre noble al liberalismo progresista ciudad de Barbastro para intentar frenar los manejos de Camo en su propia casa.<sup>41</sup>

Las gestiones de Zancada, sin embargo, no fructificaron, y fue destinado por real orden del 7 de enero de 1887 como gobernador civil a la provincia de Gerona. Habiendo fallecido el antiguo titular, Joaquín de Posada Aldaz, Zancada, que tomó posesión el 29 de enero, retornaba a una ciudad que conocía bien, ya que había estado en su guarnición militar más de una vez. Poco tiempo estuvo en la capital catalana, pues el Consejo de Ministros del 15 de marzo de 1887 daba orden a Zancada de tomar posesión de la jefatura provincial de Canarias. El 20 de abril ejecutaba Zancada la real orden.

Al poco, Zancada cambió de destino. Del trópico a la fría meseta. El Consejo de Ministros del 2 de octubre de 1887 nombraba a Zancada gobernador civil de Palencia. Menos costoso fue el traslado siguiente, pues Zancada pasó a desempeñar el mismo cargo en Salamanca por decreto del 29 de octubre de 1887.

En el baile de gobernadores civiles que acompañaba a la orquesta político-electoral de la época le tocó el turno a Zancada de retomar un viejo lugar, Gerona, de cuya jefatura provincial tomó posesión el 20 de enero de 1888 en cumplimiento del decreto del 10 del mismo mes. Inopinadamente, casi dos años disfrutó de tal destino, el cual trocó por el del Gobierno Civil de Oviedo el 29 de octubre de 1889, por la circunstancia del traslado del titular ovetense Ramón Larroca. Una nueva real orden, de

---

<sup>39</sup> “Crónica”, *La Ilustración Nacional*, 13 (10-V-1886), p. 194.

<sup>40</sup> Los datos acerca de los destinos civiles de Zancada entre 1886 y 1899 están extraídos de los documentos de Interior (caja 157, 44/52) y Presidencia (caja AGA 3066, 51/1) conservados en el Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares.

<sup>41</sup> Y así lo celebró la prensa anticamista oscense: “En el último Consejo de ministros celebrado bajo la presidencia de la reina se hizo nombramiento de gobernador civil de esta provincia a favor de D. Arturo Zancada, comandante del ejército y en la actualidad director de *La Ilustración Nacional*. Este nombramiento será acogido en nuestra provincia con entusiasmo, porque sobre ser de todos conocida la ilustración y méritos del Sr. Zancada, cuenta con numerosos amigos” (*La Crónica*, 2 de julio de 1886).

8 de julio de 1890, le trasladó a la jefatura de Badajoz, aunque por primera vez en la carrera civil de Zancada esta decisión, adoptada por el Consejo de Ministros, fue firmada por Cánovas del Castillo. Solicitó la dimisión de este último cargo en diciembre de 1892, y le fue aceptada el 17 de diciembre.

Tras un breve paréntesis de dos años, el 2 de abril de 1895 un gabinete Cánovas le nombró gobernador civil de Burgos.<sup>42</sup> De ahí pasó a Valladolid por orden del 10 de junio de 1896. Llegado un nuevo turno sagastino, Zancada solicitó la dimisión de este destino a fines de septiembre de 1897, la cual fue aceptada el 12 de octubre. Razones de salud aconsejaron a Zancada pedir primero la dimisión y después la jubilación de todo cargo público. En efecto, una real orden del 5 de octubre de 1898 determinó el paso de Zancada a la nómina de clases pasivas tras ser declarado “jubilado por imposibilidad física notoria”.

El certificado médico que declaraba la inutilidad física de nuestro personaje, quien contaba poco más de diez lustros de edad, lo expidió Antonio de Santos y Sánchez, médico mayor de sanidad militar, el 11 de agosto de 1898. Por este documento sabemos que Arturo Zancada residía en la calle Claudio Coello, 22, bajo, de Madrid, y que presentaba un cuadro clínico cuando menos preocupante; el mismo doctor Santos concluyó como sigue:

Por lo que cree el que suscribe que dicho Señor Zancada padece un reumatismo articular crónico con endocarditis consecutiva y una hernia inguinal completa e hidrocele voluminoso que dificulta la progresión; afecciones que aisladamente y en conjunto le imposibilitan en absoluto física y notoriamente para desempeñar toda clase de cargos del Estado.

Tuvo a bien Zancada acompañar su solicitud de jubilación del 30 de agosto de 1898, amén del certificado que mencionamos, de otros expedidos por Rafael Díaz de Argüelles, doctor subdelegado del madrileño Distrito de la Universidad, y por Juan Veranes, doctor del Colegio de Médicos de Madrid, los cuales corroboraban prácticamente todas y cada una de las observaciones del documento del facultativo Santos.

Por error, el Consejo de Ministros de 7 de marzo de 1899, presidido por Silvela, nombró a Zancada gobernador civil de Guadalajara, mas rápidamente fue subsanado este fallo dejando el nombramiento sin efecto por real orden del 15.

Este es el somero resumen de la carrera militar y civil de Arturo Zancada y Conchillos, en cierto modo cifra y modelo de otras muchas que caracterizan la vida española del siglo XIX y en especial del periodo restaurativo. Cuando Zancada alcanzó la jubilación, su empresa *La Ilustración Nacional* languidecía; a tal extremo que, según

---

<sup>42</sup> Coincidió esta mejor relación de Arturo Zancada respecto de los conservadores con las negociaciones con Cánovas acerca del estatuto de los casinos militares, como el Centro del Ejército y de la Armada (Thilo Jens WITTENBERG, *Mut und Ehre...*, cit., pp. 207-208).

observaremos, no tardaría en ser heredada por su hijo Práxedes Zancada Ruata. En los últimos años de su vida, Arturo Zancada alentó la carrera política de este primogénito nacido en 1880. Merced a los contactos políticos conseguidos con la veterana revista, Práxedes, abogado, notable sociólogo y economista, contó con la confianza, primero de Canalejas, y más tarde de Melquíades Álvarez. De hecho, Práxedes pasaría de liberal a reformista, y de reformista a radical hasta el trágico fin de sus días en 1937.<sup>43</sup>

Todavía tuvo tiempo el viejo Zancada de ver a su hijo con el acta de diputado bajo el brazo. Corría el año 1910. Dos años más tarde, concretamente el 12 de enero de 1912, fallecía en su casa de Echegaray, 34, Arturo Zancada y Conchillos.<sup>44</sup> Una bronconeumonía gripal se llevó al anciano ex propietario de *La Ilustración Nacional*, cuyos restos fueron trasladados al cementerio de La Almudena.

#### SECUENCIA DE LA POLÉMICA RELACIÓN DEL JOVEN COSTA CON LA REDACCIÓN DE *EL BARBASTRENSE*

Para comprender de forma cabal las rivalidades crecientes entre Costa y algunos redactores de *El Barbastrense* resulta imprescindible señalar, de la mano de la inestimable biografía de Cheyne, la mala temporada que a juicio del propio Costa pareció sufrir en Barbastro. Fascinado por los avances técnicos que había observado durante su estancia en París con motivo de la Exposición Universal celebrada allí, Costa veía crecer esa contumaz insatisfacción que le perseguiría de por vida a causa, entonces, de la falta de dinero y de los achaques de salud. Regresa Costa a su país natal, comenzado el año 1868, trayendo consigo una máquina de extracción de aceite de orujo adquirida al alimón con el barbastrense León Romero,<sup>45</sup> hermano de uno de los asiduos de *El Barbastrense*, Mariano Romero. En la ciudad del Vero cofundó, por este motivo, la Sociedad Extractora de Barbastro. Ahora bien, la empresa fue desconsoladora, lo que iba desesperando a un Costa que seguía percibiendo su existencia como atormentada y fracasada frente a sus adinerados socios o patrones tales que Romero, Hilarión Rubio, Lucas Barón —de nuevo, hermano de otro redactor de *El Barbastrense*, Mariano Barón— o Francisco Bescós, esa “gente altanera”, según confiesa en su *Diario* el 31 de mayo de 1868.<sup>46</sup> Hacia el mes de julio de 1868 se hizo evidente que

---

<sup>43</sup> De la extensa bibliografía de Práxedes ZANCADA Y RUATA sobresalen aquellos títulos que desprenden un reconocible olor de regeneracionismo de cátedra; así, *El obrero en España. Notas para su historia política y social, con prólogo de José Canalejas*, Barcelona, Maucci, 1902; *El problema de las pensiones para los obreros en España, con carta-prólogo de Gumersindo de Azcárate*, Madrid, Bailly-Baillière e Hijos, 1905, y *Monarquía y democracia (notas sobre un programa democrático)*, Madrid, González y Jiménez, 1913.

<sup>44</sup> Registro Civil de Madrid, distrito del Congreso, sección de defunciones, libro 79, f. 340.

<sup>45</sup> George G. CHEYNE, *Joaquín Costa, el gran desconocido*, Barcelona, Ariel, 1972, p. 53.

<sup>46</sup> *Ibidem*, p. 52.

la Sociedad Extractora amenazaba ruina inminente, lo que precipitaría la marcha de Costa de Barbastro. De todos modos, sabemos que a mediados de septiembre continuaba residiendo en la ciudad, según se desprende de una nota manuscrita en la que manifiesta haber remitido un artículo a *El Oscense* desde allí (nota que transcribimos más adelante, cuando analizamos el texto en cuestión).

Estas circunstancias adversas, unidas al difícil carácter —entre humilde, rebelde y altivo— del joven Costa, explican que, inopinadamente, el reciente autor de las *Ideas apuntadas en la Exposición Universal de 1867 para España y para Huesca* (editado en mayo de 1868) no colaborara en *El Barbastrense* desde su fundación y que cuando lo hiciera utilizase el seudónimo y la sátira feroz contra la propia ciudad. Poco más de un mes antes de la aparición de *El Barbastrense*, Costa escribía estas confidencias que podrían explicar el choque con el joven, apuesto y triunfador militar Zancada, ejemplo de *hombre de ciencia y de sociedad*:

El principal defecto que [Hilarión Rubio] me echa en cara es el de que soy presumido, que hiero por ende el amor propio de los otros, y que aquí mi carácter peca de grosero... ¡Pobre Costa! Eres un salvaje, es cierto, pero lo que sientes es que no lo seas un grado más [...]. Hoy parece que ya no se puede decir las cosas como se sienten, ya no se puede ser económico y retirado y verídico; es preciso ser fingido, hipócrita, *civilizado* (maldigo de tal civilización) [...] es preciso ser derrochador, darse a ver y conocer; hacer el oso eternamente [...]. Si quiero tener simpatías y ser hombre de *ciencia* y de *sociedad*, es preciso que me ría siempre y que siempre mienta, que no tenga sentido común y no haga caso del pundonor, que me dé tono y me haga el despilfarrador en el casino... No, no lo conseguirán, vive Dios, no lo verán a fe mía.<sup>47</sup>

Apartado de la redacción y propósitos del *mundano* y *casinario Barbastrense*, prefirió Costa guarecerse en los conocidos lugares del Ateneo Oscense, por él cofundado en 1866, y de la revista que, a imitación de *El Barbastrense* —y seguramente alentada por este rebelde y orgulloso Costa que vivía precisamente en la casa de León Romero—,<sup>48</sup> saldría a la luz en la primera semana de agosto de 1868, justo cuando Costa tenía pensado abandonar Barbastro y su sociedad de notables. En esa sazón, *El Barbastrense* saludó tanto la aparición de su colega de capital como la del libro *El faro de los niños*:

Hemos visto la obra intitulada: *Faro de la niñez* [sic]. *Lecciones de Religión de un padre a sus hijos*, escrita por D. Félix de Antonio, Juez de primera instancia. Por lo que hemos podido leer, nos atrevemos a recomendarla a nuestros suscriptores, prometiéndoles ocuparnos con más detenimiento de una obra, que en nuestro pobre juicio, ha venido a llenar un gran vacío [...]. Devolvemos al *Oscense* el cordial

<sup>47</sup> Joaquín COSTA, *Diario*, 31 de mayo de 1868, ápuđ George J. CHEYNE, *Joaquín Costa...*, cit., p. 63.

<sup>48</sup> Así consta en un sobre postal que se conserva en el Archivo Histórico Provincial de Huesca, Fondo Costa, caja 115, carp. 111.11: “Barbastro Sr. D. Joaquín Costa. En casa D. León Romero”.

saludo que ha tenido la galantería de enviarnos. Por su artículo prospecto, escrito con el más levantado espíritu, nos hemos podido convencer de las elevadas miras con que aparece en el estadio de la prensa. Nos congratulamos de que la Ciudad sertoriana cuente con un nuevo campeón de su civilización y de sus glorias: a la par que deseamos a nuestro colega abundante cosecha de suscripciones y una marcha desembarazada y libre en el desenvolvimiento de la noble idea que ha motivado su aparición.<sup>49</sup>

El redactor Alfredo Sevil sería el encargado de reseñar la obrita del pertusano —pero con numerosos familiares en Barbastro— Félix de Antonio para el número 7 de *El Barbastrense*. Con la reproducción íntegra de este artículo volvemos a corroborar la certeza de que no fue Joaquín Costa el autor de *El faro de los niños*, como aventuró Cheyne,<sup>50</sup> sino el *real* —y no seudónimo— Félix de Antonio,<sup>51</sup> quien había editado *El faro* en el barcelonés Establecimiento Tipográfico de Jaime Jepús, calle de Petritxol, 14, principal, en los amenes de la primavera de aquel 1868:

Apenas llegó a nuestras manos la referida obra ya nos echamos a ojear sus páginas. Hubiéramos querido abarcar de un golpe su plan, su desarrollo, su estilo y sus tendencias.

En medio de las tinieblas que encapotan el horizonte, zumbando en nuestros oídos el rumor de próxima tempestad, no podíamos menos de saludar con júbilo la luz de un *Faro* que marca el derrotero a la agitada barquilla de la infancia. Siempre han sido los niños los ídolos de nuestro corazón: por eso nos permitiremos hacer en gracia de ellos una breve reseña de esta bella producción debida a la ilustrada pluma de nuestro paisano el íntegro y laborioso juez de Solsona.

Es axiomático que la primera cualidad de todo escrito dedicado a inteligencias tiernas, sin hábitos de reflexión, es la sencillez; mas no una sencillez que degenera en trivialidad, ni tampoco aquella que brota de un asunto frívolo y ligero: la una despoja de todo atractivo a la frase, la otra no instruye.

La verdadera sencillez consiste en presentar los pensamientos bajo aquel aspecto que hace fácil la percepción de sus relaciones, y en evitar el elegante artificio en la colocación y armonía de las palabras.

Esta sencillez es la que caracteriza a la obra del señor de Antonio. No obstante la índole de las cuestiones que desenvuelve, abstractas de suyo, respira su estilo tanta amenidad y candor, que a la vez que lleva el convencimiento al ánimo, recrea dulcemente.

---

<sup>49</sup> [Arturo Zancada y Conchillos], “Miscelánea”, *El Barbastrense*, 4 (8-VIII-1868), p. 4. En la columna final del periódico se anunciaba el libro con mayor corrección: “*Faro de los niños. Lecciones de Religión de un Padre a sus hijos*, por D. Félix de Antonio. Juez de primera instancia. Esta preciosa obra, útil para toda clase de personas y en especial para los niños, se halla de venta a 8 rls. uno, en la imprenta de D. Mariano Puyol”.

<sup>50</sup> George J. CHEYNE, *Estudio bibliográfico de la obra de Joaquín Costa (1846-1911)*, Zaragoza, Guara, 1981, pp. 51-52.

<sup>51</sup> Vid. Juan Carlos ARA TORRALBA, “Pesquisas sobre la actividad cultural del joven Costa en Huesca”, *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 14 (1997), pp. 23-25. Para más noticias acerca de Félix de Antonio, puede consultarse mi artículo “Jóvenes, oscenses y liberales...”, cit., pp. 13-52.

De veinte y cinco lecciones consta esta preciosa obra: todas ellas con una trabazón admirable, formando una cadena perfectamente eslabonada.

En la niñez no todos los actos son directos; en esa edad ya se descubren los primeros albores de una inteligencia reflexiva; el porqué de las cosas ya es para el niño el objeto de su actividad, por eso hemos mirado siempre con desdén profundo esas obras que arrogándose el título pretencioso de Mentor de los niños, se ven plagadas sus páginas de una serie de afirmaciones indigestas: no menos han merecido nuestra reprobación las que escritas con el mismo fin han hecho gala sus autores de una prolijidad extemporánea o de un fundamentalismo petulante.

El acierto, ese estado de inspiración, si así nos es lícito hablar, indispensable para llevar a cabo grandes cosas, estriba, en producciones de este género, en medir de un golpe la tensión reflexiva de inteligencias vírgenes. Del mismo modo que el que queriendo acreditar el temple de su acero lo encorva hasta donde su flexibilidad lo permite, no más, porque se rompe; no menos, porque dejaría de explotar parte de su fuerza elástica.

El señor de Antonio ha dado a su obra esa justa medida y con ello nos ha probado suficientemente las dotes que le recomiendan como escritor y el conocimiento claro que posee de las facultades de la infancia. Todos los ejemplos, todas las pruebas de que se vale para dilucidar las cuestiones, cuyo examen ha tomado a su cargo, las saca el señor de Antonio de los objetos que más fuertemente hieren la imaginación de los niños: sus juegos, la escuela a donde asisten, la casa donde moran, todo lo hace concurrir de una manera maravillosa al mejor y más acertado desarrollo de sus lecciones.

Jamás hubiéramos emitido un juicio semejante, que a muchos parecería apasionado, si no quedara justificado plenamente sin más que transcribir algunos párrafos de dicha obra.

Es la lección xxii y tiene por epígrafe la proposición siguiente: *Fuera de la Iglesia, nadie puede salvarse*. He aquí sus palabras: “Y así es la verdad, hijos míos: fuera de la Iglesia no hay salvación para nadie... Id por todo el mundo, dijo el Señor a sus discípulos, predicad el evangelio a todas las criaturas: el que creyere y se bautizare se salvará; pero el que no creyere será condenado... Quien cree en Él no es condenado: pero quien no cree ya tiene hecha la condena, por lo mismo que no cree en el nombre del Hijo unigénito de Dios... Y no hay que extrañarlo ni hay que dudar acerca de ello. Esto lo comprenderéis fácilmente a la vista de algunos sencillos ejemplos puestos al alcance de vuestros tiernos juicios. Ya veis que entre vuestros condiscípulos los hay de distintas condiciones sociales; pobres y ricos por ejemplo; pues bien, uno de los padres de los niños ricos ha fallecido y ha dejado heredero de sus cuantiosos bienes a un hijo suyo condiscípulo vuestro. Ahora bien, ni vosotros ni ninguno de los demás que concurren a la escuela podéis quejaros de tal designación de heredero, porque no siendo hijos del padre muerto, ningún derecho teníais a su herencia”.

A este tenor con no menos sencillez y maestría aborda de frente una de las cuestiones más complejas de nuestra religión. A la tan sabida frase de Rousseau: el mahometano, el persa, etc., de la que se han hecho eco cuantos sin fijar el sentido de las palabras han probado que, si la lógica no era su fuerte, sabían declamar con perfección, contesta de una manera brillante apoyado en la respetable autoridad de la Escritura, en la enseñanza de la Iglesia, en la tradición y en los fallos de una razón ilustrada.

“Alma de los brutos” es otro de los interesantes temas sobre que versan sus oportunas reflexiones... “Si oís decir —observa el señor de Antonio— con el objeto de probaros que el alma de los brutos si no superior, a lo menos es igual a la del hombre, que nunca ha sabido este ni construir el nido de la golondrina ni elaborar el panal de la abeja, no os aturdáis, ni retrocedáis ante argumento de tal naturaleza, porque no es más que un sofisma o como si se dijera un argumento que no es verdad. Puede concederse efectivamente que el hombre no sabría construir el nido de la golondrina en la manera y forma con que ella hace lo hace y que de ninguna manera sabría elaborar el panal de la abeja. Pero al mismo tiempo lo que es cierto, lo que no tiene duda alguna, lo que no puede contradecirse ni con razón impugnarse es que la golondrina y la abeja construye y elabora su panal como lo hicieron las golondrinas y las abejas de los primitivos tiempos... Al contrario el hombre. Desde la choza abierta en la tierra, hasta el más suntuoso palacio, todo lo ha ensayado, todo lo ha practicado para su vivienda y morada, ganando y adelantando constantemente en solidez, comodidad y hermosura. Desde la yerba arrancada de la tierra y la fruta cogida del árbol hasta el más sabroso y succulento manjar, ¡qué escala es la que ha recorrido, qué combinaciones y preparaciones las que ha hecho para satisfacer sus necesidades y para halagar los instintos de su gula!”.

Intencionadamente nos hemos fijado en los puntos más oscurecidos por las cavilaciones filosóficas y de más difícil solución para que se vea el exquisito tacto con que están tratados.

Cada lección termina con un bellissimo resumen en romance donde la precisión lógica y las galas poéticas se las ve campean en admirable consorcio.

Hablando de la existencia del cielo dice su inspirado autor:

“Todo allí es dicha inefable,  
todo alegría y contento;  
ni el *menos* envidia al *más*  
ni desprecia el *más* al *menos*.  
Allí cada uno en su gloria  
del todo está satisfecho,  
y goza *en sí* y *para sí*  
raudales de gloria eternos.  
Yo ruego todos los días  
al Señor del universo  
que se digne cobijarnos  
eternamente en el cielo,  
y confío en que ha de oír  
estos mis fervientes ruegos.  
Ayudadme al par vosotros  
siendo muy buenos, muy buenos.  
Para ello de vuestra cruz  
coged el santo madero  
y seguid a Jesucristo  
Salvador y Faro nuestro,  
único camino y guía  
para llegar hasta el cielo”.

Pero donde está inimitable el señor de Antonio es en la composición que consagra a la fuente de la inspiración, a Dios, belleza típica, sin la que no se conciben esas flores que brotan de trecho en trecho en el erial de la vida, las maravillas del arte. Dice así:

“¿Dónde buscar el origen,  
que ya resuelto nos dé  
el portentoso problema  
de la Creación?... ¡Ah! Ven.  
Levanta al cielo los ojos,  
penetra por la fe en él,  
y allí en un trono sentado  
radiante de luz se ve  
a ese origen que tú buscas  
al que ha cantado Moisés  
y David en su arpa de oro,  
con santa y sublime fe.  
El que no tiene principio  
que vive por Él y en Él  
el que todo lo ha criado  
ese, hijos míos, Dios es”.

Basta ya: cuanto pudiéramos añadir sería frío después de haber saboreado el lector las bellezas que encierran los párrafos transcritos. Solo nos resta enviar nuestros plácemes al señor de Antonio por su trabajo, significando con ellos el justo orgullo que Barbastro siente al contar entre sus hijos al insigne escritor, que tan bien emplea sus *talentos*, ilustrando a esa juventud para quien está reservado el porvenir y en la que cifra sus esperanzas el mundo.<sup>52</sup>

A Costa, preocupado por cuestiones educativas desde su enfebrecida juventud y cada vez más alejado del catolicismo militante, no le debió de gustar ni el tono ultracatólico de *El faro* ni la *pía* y retórica reseña del sacerdote Sevil. Pero, sobre todo, a esas alturas de finales de agosto, le arrebatava una animadversión contra los redactores de *El Barbastrense* que hubo de crecer tras la aparición en el número 5 del periódico, del sábado 15 de agosto de 1876, de una nota del director Arturo Zancada solicitando el nombre y apellidos reales del autor de un texto remitido a la revista bajo seudónimo. El autor en cuestión era, cómo no, Joaquín Costa, y el suelto de Zancada aparecía después del primer capítulo de un curioso relato costumbrista en su subgénero fantástico-lucianesco titulado “Historia que a muchos parecerá cuento”, debido tal vez a la pluma de Zancada, según veremos. Imaginamos al joven Costa indignado por la solicitud nada más leer el número de *El Barbastrense* y aprestándose a tomar la pluma. La mecha de la controversia estaba encendida.

---

<sup>52</sup> Alfredo SEVIL, “El faro de los niños. Lecciones de religión que da un padre a sus hijos, por D. Félix de Antonio, Juez de Primera Instancia”, *El Barbastrense*, 7 (29-VIII-1868), pp. 1-2.

En la carta dirigida a Arturo Zancada el 16 de agosto, es decir, al día siguiente de la publicación en el periódico dirigido por aquel del suelto aludido, Joaquín Costa se quejó amargamente de las críticas de muchos barbastrenses al contenido del texto remitido y no publicado, seguramente Sevil entre ellos.

Barbastro, 16 Agosto 1868

Sr. D. Arturo Zancada y C.:

Mío caro: con gran sentimiento he leído tu malhadada advertencia de *El Barbastrense* de ayer por la que me notificas ser precisa la revelación de mi nombre entero y verdadero para que aparezcan esta semana en el periódico mis diálogos *Transeúntes*. Lo predijo F. José en el 1º acto de *Los Magyares: Él habla poco pero bueno*. Después de 15 días de remitidos salimos con que si verdes las han segado, como dice que acabe de decir el sargento en el diálogo aquel, y con que si *nones* como dicen que dice un burro del bello sexo en *La Almoneda del Diablo*:

*Parturient montes... mus*

Un casado se acuesta —y con paternal cariño.

A su lado puso el niño —pero sucio amaneció.

Y a propósito; ya sé que han sido agriamente criticados los citados diálogos y para eso no ha sido preciso conocer mi nombre, que de haberse sabido, no se hubieran criticado. Y, entre paréntesis sea dicho, me extraña mucho que en la redacción de *El Barbastrense* se haga caso del *Magíster dixit*, y que por no saberse el nombre del autor, han de hallarse a toda costa defectos en el escrito. Ya sé que habéis dicho que si este carece de propiedad, porque un sargento no puede vomitar tanta mitología, sin recordar que sargento fue el inmortal autor de *La Araucana*, que Cervantes, el gran Cervantes, fue un soldado más raso que las balas rasas, que las tronadas rasas y que los mismísimos campos rasos; sin reparar, en fin, en que más fácil es que un sargento conozca los centauros y las nereidas que no el *tío Colás*<sup>53</sup> se figure ser perseguido por la diosa de los placeres en persona. Porque conozco bien a fondo tu instrucción y tus cualidades me causa extrañeza que no hayas sabido sobreponerte a todas esas miserias que forman el carácter de esta población chismosa y miserable por naturaleza y gracia; que a no haberte conocido tan a fondo no me hubiera extrañado nada que de tal modo obrara quien, haciéndose ciego eco de pesimistas periódicos afrancesados, ha dicho con un aplomo tan sofocante como el tiempo en calma, que Francia marchaba a la cabeza de las naciones más cultas (proposición desmentida por los mismos franceses y cuyo extraordinario amor propio los hace poco sospechosos en esta materia; y podría probártelo con numerosas citas, entre ellas el mapa de ilustración europea de M. Manié) y nos has puesto como chupa de dómine colocándonos al mismo nivel que Rusia y Turquía (proposición tan bien desmentida por la Junta de Instrucción Pública de España y por cien periódicos nacionales y extranjeros) dando con esto que refir a la señorita Clío, musa de la Historia, a cuya trompa y plectro han dado más que hacer en el relato de la civilización actual las páginas escritas por España que las de ninguna

---

<sup>53</sup> Alusión a algo escrito en el número 4 [de *El Barbastrense*]. (Nota de Joaquín Costa).

otra nación, incluida la Francia y su gloriosa Revolución. ¡Triste época la de un pueblo que en lugar de trabajar para desarrollarse y aparecer grande en medio de su transición, da en apellidarse bárbaro y salvaje, aplaudiendo a miserables extranjeros, calumniándose de rutina, que la insultan impunemente! Han olvidado Vds. sin duda que a pesar de tantas guerras, de tanta fatalidad y de tan malos gobiernos que han hecho de España durante este siglo una hecatombe de contradicciones y miserias, ha podido elevar a 7 000 000 el número de sus hijos que conocen la lectura y la escritura, resultado que no mejorará en gran cosa la verdadera estadística francesa. ¡Al nivel de Rusia y Turquía! Vaya, que a Barbastro no le caerá muy bien que digamos la idea de ser comparada no digo a una aglomeración de cabañas orientales, pero ni a infinidad de ciudades del vecino imperio. Por lo que a mí hace, si los redactores de *El Barbastrense* quieren ponerse en fila con una tribu de la Tartaria o con un batallón de samoyedos, les cedo la gloria, y a la vez la parte que me corresponda. Ya ve, querido Zancada, que en lugar de hacer ver tus equivocaciones, como pudiera hacerlo en otros periódicos, te los advierto particularmente a guisa de buen consejero y amigo que no se para en pequeñeces y miserias, ni deja por eso de escuchar la voz de aquello que llaman honor patrio, hirviendo siempre en el pecho de todo buen ciudadano amante de sus glorias nacionales. Pero involuntariamente me he apartado de mi propósito.

¿Para qué quieres conocer mi nombre, amigo Zancada?

¿No comprendes que pudiera ahora dártelo supuesto, Nazario Noña, por ejemplo, y que después te quedarías con la misma dificultad, con la misma ansia de conocerlo? Deja, deja Zancada la curiosidad para las mujercillas, y sigue tú las inspiraciones de tu conciencia. Yo te remití aquellos diálogos como para indicarte una de tantas sendas que deberías seguir si querías dar interés y amenidad (*utile dulci*) a tu periódico, quitando de por medio cosas como aquellas de *Trovas nuevas y divertidas sobre las fiestas antaño celebradas en Estadilla y Costean*, y reemplazándolas por otras como *Historia que a algunos parecerá cuento, Sociedad de Socorros mutuos... Biografía de Portolés*, etc.,<sup>54</sup> y sobre todo ¡no seáis duros!, ¡que vuestro periódico no sea un eterno sarcasmo arrojado sobre la frente de los pueblos! Tenga, enhorabuena, su sección festiva; pero no olvides que aún no ha dicho nada de Agricultura ni de los medios de remediar la miseria que hoy amenaza tan de cerca. ¡Ah! Reír cuando hay quien gime, cantar *Seguidillas* cuando innumerables familias se retuercen ante la perspectiva del Hambre, manifiesta un corazón insensible a los sufrimientos, y por lo tanto, indigno de pertenecer a la sociedad que lleva por lema *Amaos los unos a los otros*. El *Dios te asista* en boca del que come es la befa de la Religión Cristiana... ¡Qué! ¿La idea de Dios que nos han enseñado nuestros padres sirve tan solo para burlarnos del hermano que llora, despidiéndole con aquella fórmula impía? Y héteme por segunda vez alejado de mi propósito.

No puse mi nombre al frente de los diálogos porque yo me sé que no procedía ponerlo; si ahora te lo comunicara, sentirías haber retardado su publicación, y no quiero darte ningún qué sentir. Además, que ahora ya no lo necesitas, puesto que los citados *Transeúntes* no deben publicarse, por la sencilla razón de que cuando otro número aparezca la Guarnición habrá tomado las de Villadiego, Cotinols se

---

<sup>54</sup> Referencia a algunas publicaciones de *El Barbastrense*. (Nota de Joaquín Costa).

llamará Ohto u Otto, las fiestas de San Lorenzo quedarán sumergidas en el río Leteo, la vaca ensogada habrá pasado a ser col después de llamarse guisado, bolo, quimo, quilo, excremento, fiemo, ázoe y fosfato, y todo será un monstruoso sincronismo: aparte de que ya tendrás distribuido el espacio entre tiernos madrigales, chistosísimas gacetillas, estirados sonetos... Y a propósito, ¡vivan los sonetos en la patria de los Argensolas!

Harás, pues, de mis *Transeúntes* un auto de fe, sin cuidarte de si su autor se llama Juan o Perico de los Palotes. Hablarás conmigo y no sospecharás siquiera que yo haya podido escribirte esta epístola que ya se va haciendo pesada, por lo cual, sin hacer punto redondo ni cuadrado, se repite tuyo affmo. A. Q. T. M. B.

Nir<sup>55</sup>

Observará el lector el ataque exagerado a las líneas de flotación *amena y productiva* de *El Barbastrense*, que se efectúa desde una posición arrogante y biliosa, muy propia de un joven Costa poco amigo de reveses y desaires. Que Costa conocía personalmente a Zancada —alusiones a su coquetería y aficiones musicales— y al resto de redactores, así como el contenido de los cuatro primeros números —las críticas al contenido del artículo acerca de la posición de España entre las naciones europeas reproducen, en efecto, sintagmas del aparecido en *El Barbastrense* semanas antes—, queda suficientemente documentado tras la lectura de la carta. Lo que no se puede descifrar sin la ayuda del texto costista remitido, *Transeúntes*, es la inmensa carga provocadora que los diálogos poseían en sí mismos, y que hacían impensable su publicación. A Costa le animaba un no escondido afán de rifirrafe contra los redactores de *El Barbastrense*, y así, en este designio tremendo, desaforado, ha de entenderse la elección del seudónimo *Nir*, tomado del bíblico hermano de Noé. Por fortuna se ha conservado el borrador de *Transeúntes*; leamos fragmentos de su contenido para comprender mejor la polémica de Costa con *El Barbastrense*:

#### TRANSEÚNTES

*En la calle*

—Chica, ¿cuántos soldaus tenís?

—Nenguno, ¿y vusotras?

—Nada más que cinco, pero todos más desfargalaus y más tontos... Nunca saben decirme cosas.

—¿Y no hay bel escapaízo con aquel cabo?

—¿Qué te paice a tú, que todas son como tú te feguas? El demonio la sustancia.

—Osús, Dios mío, si sabrán lo que son las ocasiones... Vaya, me'n voy a casa mi tía. Hasta la noche.

—¿Bajarás a la puerta cuando duerma la dueña?

—Veremos a ver.

---

<sup>55</sup> Archivo Histórico Provincial de Huesca, Fondo Costa, caja 115, carp. 111.11.

*Caminito de la fuente*

(Un sargento) —Esa rubia que pasa me pone malo, me pone malo... ¡Ay, qué cuerpo, qué garbo, qué cintura, qué salero, qué palmito...! Estoy ahitado y hecho mi cuerpo una manteca. Mora mía, ¿vas a quererme? Te llevaré a Valencia para que se avergüence el sol [...].

—¡Ah, Lengua de Filomela! ¿Chanza, dijiste? Jamás hablé con más formalidad, puedes crearme. Estoy rendido a tus virginales encantos, Venus de mi pensamiento, envidia de las Gracias, de las Sirenas y de la Aurora, Nereida más bella que Tetis, encanto de Apolo, de Febo [...] Orfeo y Euterpe son indignos de cantarte, Tempis de imprimir tus formas, y Eco, Bóreas y Noto de recibir tus tiernos y enamorados suspiros. ¿Quieres recibir mi corazón a cambio de tu mano?

—¿Eh? (aquí un exabrupto de regüeldos capaz de quitar la ilusión a todos los sargentos del Universo Mundo).

—Te digo si querrías casarte conmigo.

—Pos yo, si viene con güenas intinciones... ya ve usted pa qu'está una n'este mundo.

Leyendo este inicio de *Transeúntes* entendemos lo de las críticas al asunto de la mitología. Por su parte, la escatología, la reproducción de un lenguaje local, chabacano, y el afán por satirizar los flirteos entre militares y las doncellas lugareñas indica a las claras que Costa quería montar gresca con la remisión del texto a *El Barbastrense*. Por si hay dudas de la crítica a los *pollos* y militares ociosos (los *Zancada*, *Cotinols* de *El Barbastrense*) y su lenguaje acaramelado y cursi, en el siguiente fragmento le toca el turno a los curas: es imposible no recordar en este punto a Alfredo Sevil y la reacción que hubo de tener al leer lo anterior... y lo que sigue; y es que la conversación continúa cuando la criada dice tener *viñetas* en dos lugares, en uno de ellos se crían

[...] ubas muy buenas, pa colgá, pero nunca llegan a madurá porque las picotean los curas.

—¡Hombre! ¿Los curas?

—Los curas. Tocinos en tubimos dos, uno marchó y otro... vamos, como las mujeres.

—Sí, sí, te digo... que me va gustando.

—También teníamos dos burrazos más grandes que la'speranza d'un pobre; pero l'uno era más pinganetero qu'él solo y s'estozó en un barranqué; ni l'imos llorau mija, porque tenía ya tres u cuatro torceduras y un grano trabuco com'un güeyo, y era lagañoso, y una vez le pegó a mi'rmano una patada a la boca l'estomago.

En el diálogo, la mujer continúa con su discurso, en el que no falta la mención de un ex novio *bufaplumas*, con mucha *magencia* pero sin oficio ni beneficio, a quien la madre a punto estuvo de tirar de la *caminera*. Pasa otra moza muy flaca que amenaza a la primera con contarle a su madre el flirteo con el soldado. Este, con su estilo mitológico, la zahiere de esta manera:

[...] que rabies con los mordiscos del Cancerbero, que Momo te escarnezca y Caco te saquee [...] y que cuando te llegue la hora de la metempsicosis se te traslade

al cuerpo de una vaca de Ejea, para que seas magullada y desmenuzada a garrotazos en medio de las cínicas risotadas de los Barbastrenses.

—¿Qué has dicho?, ¿vaca?

—No, que si verdes las han segado.

En este punto se entienden más claves de la carta de Costa a Zancada, tanto aquello de la vaca ensogada, como lo de *verdes y segado*. En el siguiente acto de *Transeúntes*, titulado “Al regreso”, la *bella y valiente hija del Sobrarbe* se encuentra con un mozo que también le amenaza con contar su diálogo con el sargento al “criau de mi amo, que el otro día te trujo en las cebaderas una bandada de cirguélas”. El “Acto final” reza como sigue y contiene claves de interés, como que originalmente se había firmado *Transeúntes* por *Un cliente de Cotinols* —Costa lo tacha en el borrador manuscrito y en su lugar aparece *Nir*—, en alusión maliciosa al *Tadeo Cotinols* que escribió en *El Barbastrense* y al que se hace alusión en la carta transcrita a Zancada/*Cotinols*:

*Acto final*

Al girar sobre sus talones esta buena fámula para rehuir el importante interrogatorio de la que *masaba*, se le cae el *Programa de las fiestas de S. Lorenzo* que acaban de entregarle para sus amos, y la grave y majestuosa Calfope de la elocuencia deja escapar una carcajada tan inmensa que resuena en los oídos de toda persona civilizada.

Nir<sup>56</sup>

De cualquier modo, en el número 6 de *El Barbastrense* se dio a la imprenta la segunda entrega del *peregrino* —en la línea de los escritos a la sazón por Ros de Olano, entre otros— relato “Historia que a muchos parecerá cuento”, donde la mención al “ojo de mar” del Ésera —pozo actualmente sumergido bajo las aguas del pantano de Barasona y lugar de una curiosa tradición que, significativamente, unía a grausinos y barbastrenses— da lugar a dudas acerca de una posible autoría costista del relato (de hecho, es de los pocos textos de *El Barbastrense* que Costa dice apreciar en la carta del 16 de agosto, donde, asimismo, menciona al tío Colás, personaje del cuento). Tanto si Costa fuera el autor del texto, firmado por *Caimán*, como si lo fuera Zancada —muy probable también—, merece la pena la transcripción de las entregas que dan pábulo a la confusión:

HISTORIA QUE A MUCHOS PARECERÁ CUENTO

(continuación)

El tío Colás no pudo aguantar más la burla, y dominando su miedo exclamó: “El que quiera verlo que me siga” y echó a correr en dirección al río.

La turba que le escuchaba, a pesar de su incredulidad, siguió cerca de él.

---

<sup>56</sup> NIR [Joaquín Costa], *Transeúntes*, cuatro hojas manuscritas conservadas en el Archivo Histórico Provincial de Huesca, Fondo Costa, caja 115, carp. 111.11.

Dieron vista al sitio del suceso: “Mirad”, les dijo; y en las caras de todos se tradujo el terror y el asombro que les causó aquella aparición.

Allí estaba, en la piedra donde él lo había visto.

Grande, terrible, horroroso como un pecado, feo como el teatro de Barbastro.

Los más curiosos y los más fuertes de ánimo avanzaron más. El monstruo se hundió en las aguas, y desapareció.

Aquí empezaron los comentarios.

—Tenía razón mi abuelo; ese sitio tiene comunicación con el mar.

—Por eso le llaman “el ojo de mar”.

—Es indudable; hace años echaron ahí cuerdas bastantes para haber atravesado medio mundo, sin que lograrse encontrarse el fondo de ese gran depósito de agua.

—No cabe duda, lo que hemos visto es algún monstruo que ha subido del fondo de los mares.

Y el tío Colás volvió a recobrar sus colores, al ver su crédito levantado.

Los más supersticiosos decían: “Eso es un fantasma”, “un duende”, “el alma de algún condenado, que ha tomado esa horrible forma”, “una bruja”, “el mismo demonio”.

Y circuló la voz por el pueblo, y fueron todos a ver la terrible aparición, y unos lograron ver al animalito, y otros se quedaron con el deseo, y hubo quien cada día le hacía cinco visitas, sin que nunca su señoría estuviese visible.

Y se describió al pormenor la forma del monstruo, y se convino en que aquello solo podía ser un cocodrilo, un *caimán*.

Y cundió la noticia, “y en el ojo de mar ha aparecido un caimán”, repite sin cesar el eco que retumba en las montañas de Sobrarbe.

Y el miedo y el espanto se abren plaza, y los tímidos huyen de aquel sitio, y los de ánimo fuerte se ponen en acecho para darle caza y ¡oh prodigio!, los que estaban en acecho nunca conseguían verlo, y todos los que llevaban armas estaban también privados de esta gracia; de lo que se deduce que el tal caimán era un señor muy escamón y *que las veía venir* (a las armas).

El tío Colás, pasada ya la primera impresión, fue el más asiduo perseguidor.

Todas las mañanas al despuntar la aurora, se colocaba detrás de una piedra con la escopeta preparada; nunca pudo dispararle.

En el momento que se distraía un poco aparecía el señor caimán. (¡Qué casualidad!). Volvía a fijarse arrepentido de su distracción, y entonces lo veía desaparecer entre las aguas. (¡Qué casualidad!).

Una mañana se levantó el tío Colás muy temprano, y fue a colocarse a su sitio de observación.

Pasó una hora, y dos, y tres, y diez sin ver al caimán; se distrajo de intento cien veces, cambió de sitio y... nada.

Todos los días lo había visto cuando menos una vez; aquel día no lo vio.

A la mañana siguiente volvió y corrió la misma suerte que el día anterior y fue otro y otro día y siempre lo mismo.

Era indudable; el caimán había desaparecido.

Bien pronto se esparció la noticia, “como un relámpago desapareció”. Sin embargo nadie se atrevía a acercarse a aquel sitio por temor de que el caimán estuviese oculto, esperando alguna víctima que inmolar.

El tío Colás fue el más animoso; sin vacilar llegó hasta el mismo “ojo de mar”.

Se colocó sobre las piedras donde el interesante extranjero salía a tomar el sol; sus piernas empezaron a temblar, su vista se fijó en varios objetos que estaban en uno de los huecos de aquellas piedras. El tío Colás no supo qué pensar; se bajó a recogerlos: una petaca de jipi-japa, una cartera de viaje, unas espuelas y un saco de noche.

En el saco de noche había un traje de hombre completo, peines, cepillos, ropa blanca; todas las prendas se hallaban marcadas con dos iniciales, y debajo una figura de caimán.

Todo esto era extraño, sorprendente, capaz de anonadar la mejor dispuesta imaginación.

Abrió la cartera de viaje; allí encontró una docena de lapiceros, planos de ferrocarriles, papeles, unos paquetes de palillos para los dientes y un libro de memorias.

Aquel libro iba a disipar todas sus dudas, allí sin duda habría algo que aclarase el misterio; lo abrió precipitadamente (no el misterio, el libro).

Aquí subió ya de punto su admiración.

Era indudable, todo aquello pertenecía al caimán y ¿qué especie de caimán era ese que se servía de tales enseres?

En la primera hoja de libro empezaba la narración de este modo: *Mis memorias*.

Yo era un caimán

(*Se continuará*)<sup>57</sup>

Con cierta imprecisión cronológica, según sabemos, el día 21 de agosto Costa anotó en su *Diario* que había terminado sus *Transeúntes*<sup>58</sup> (no olvidemos, para la justa intelección: “Pasajero o el que está de paso”, según definición del diccionario de la Real Academia de 1852) para *El Barbastrense*. Podría suceder que se refiriese, si nos aferráramos a la arriesgada tesis de que Costa fuera el autor de la “Historia que a muchos parecerá cuento”, a la tercera, si no la cuarta de las entregas de esta “Historia”. En el mismo número (el 7, del 29 de agosto de 1868) en el que Alfredo Sevil perpetró la reseña de *El faro de los niños*, aparece impreso el penúltimo de los capítulos de una narración progresivamente más acre:

### HISTORIA QUE A MUCHOS PARECERÁ CUENTO

(continuación)

El tío Colás estaba absorto: ¡un caimán que escribía y viajaba con saco de noche y cartera de viaje! Recogió aquellos objetos, tendiendo alrededor una mirada de desconfianza, no fuera que saliera su dueño a recobrarlos de mala manera; y tomó el camino de su casa decidido a no decir nada a nadie de su prodigioso encuentro.

El caimán se eclipsó, desapareció como desaparecen hoy las sociedades de crédito; nada más queda, un recuerdo imperecedero en la memoria del tío Colás, quien a nadie quiso dar cuenta de su descubrimiento; solo a mí que soy su mejor amigo lo confió con la mayor reserva, y exigiéndome el secreto. Yo lo confieso: soy muy débil, no me atrevo a guardarlo yo solo, y creo, queridos lectores de *El Barbastrense*, que ninguno mejor que vosotros puede ayudarme a custodiar el secreto del tío Colás.

<sup>57</sup> “Historia que a muchos parecerá cuento [II]”, *El Barbastrense*, 6 (22-VIII-1868), p. 3.

<sup>58</sup> Ápud George J. CHEYNE, *Estudio bibliográfico...*, cit., p. 46.

Escuchad, o mejor dicho: leed lo que yo leí en el susodicho librito:

“MIS MEMORIAS. Yo era un caimán filósofo, un pobre diablo que hizo siempre a las humanas gentes el menos mal posible; solo cuando el hambre me obligaba hacía algunas de las mías, merendándome al descuido transeúnte que incauto se acercaba por mis dominios.

El estómago era el regulador de mis sentimientos; yo vivía allá en el Nilo, en la zona tórrida; mi familia era entre los caimanes una familia noble e ilustrada. Un antecesor nuestro había servido de ídolo en Madagascar y en el Ganges, y a un sinnúmero de parientes míos se les había tributado adoración en los Archipiélagos del mar del Sur. Todos los de mi familia sabíamos leer, y cuando nos *merendábamos* a alguno, lo primero que hacíamos era mirarle los bolsillos para ver si llevaba algún libro o periódico en que saciar nuestro apetito literario. Esto podía servir de satisfacción a las víctimas, pues su muerte contribuía a civilizarlos. En el mundo muchos hombres mueren contentos (así al menos lo he leído en varios escritos) si su muerte proporciona algún bien a sus semejantes y ¿quién duda que un bien y muy grande hacía el que nos proporcionaba un libro donde ilustrarnos?, pues con esto se modificaban mucho nuestros instintos sanguinarios en términos de que ya últimamente muchas veces nos contentábamos con registrar a los transeúntes sin hacerles daño alguno; solo tenía un primo muy bruto que no perdonaba a nadie, y todo el día estaba en excursiones a caza de carne humana. El tal primo me cargaba por más de un concepto.

Estaba yo en relaciones con una hembra que me tenía hecho *un animal* y el primito se empeñó en ser rival mío; tanto fue su empeño que al fin me desbancó, pues las hembras de los caimanes son mozas muy veleidosas, desenvueltas y coquetonas (luego he tenido ocasión de observar que en este punto reina en la Naturaleza una armonía admirable).

Me decía la ingrata que me quería más que a la luz de sus ojos, más que a un par de costillas *humanas*; que quería que le enseñase a leer; que le daba envidia ver a todos los de mi familia leyendo libros y periódicos; pero la tal niña era un *rinoceronte* incapaz de haber aprendido nunca a leer, y de ello dio buena prueba con dejarme a mí por el bestia de mi primo.

Esto me traía desazonado; yo había leído el *Amadís* y el *Ricardo Corazón de León*; estas lecturas habían exaltado en mí las ideas de honor y de amor propio; así es que andaba pálido, ojeroso, apenas comía; yo necesitaba vengarme de mi primo y de mi veleidosa novia. Un día pasó por las orillas del Nilo un europeo; un criado iba detrás, llevando una gran maleta; sin intención de hacerles daño salí a su encuentro, pero a mi vista huyeron despavoridos dejando en mi poder aquella maleta; la abrí, ¡oh placer! Estaba llena de libros y periódicos. Allí estaban *Los miserables*, *Los ingleses en el Polo Norte*, el *Times*, *La Patrie*, *La Correspondencia de España*, *El Cascabel* y otros mil libros y periódicos.

Ya estaba contento; seis meses pasé embebido en su lectura sin ocuparme para nada de mi primo, ni de mi novia.

Al leer la obra de Julio Verne me estremecí de placer al pensar en los hielos del Norte. El calor de la zona tórrida, aquel ambiente sofocante me mataba. ¡Oh, decía yo, si la Providencia quisiera convertirme en hombre, con qué gusto seguiría al capitán Hatteras y a su perro!

Desde que leí esta obra todas las noches soñaba con los hielos del Norte. La existencia de caimán me era ya odiosísima; no me encontraba bien ni aun en el seno de mi familia; me alimentaba solo de moluscos.

No había día que no suplicara a la Naturaleza que obrase en mí alguna metamorfosis.

La Providencia me escuchó y me concedió el inapreciable don de poder metamorfosearme de hombre en caimán y de caimán en hombre; este doble cambio me proporciona inmensas ventajas constantemente; gracias a mi condición de caimán he recorrido el mundo entero sin necesidad de pasaporte ni cédula de vecindad, y sin exponerme a choques ni descarrilamientos de ferrocarriles.

Ni me da cuidado que me persigan por decir la mentira, ni por decir la verdad (que en el mundo más lágrimas y persecuciones cuesta a veces decir la verdad que la mentira), pues nunca me falta un río donde zambullirme, caso de que alguna vez intente cualquiera algo contra mí, y otras mil gangas y comodidades que cualquiera comprende, cuales son: el no pagar casa ni verme obligado por sastres, zapateros, lavanderas (término genérico, *ingleses*, &c., &c.).

Yo no cabía en mí de alegría. Podía ser hombre cuando quisiera, es decir: lo era ya, llevaba dentro de mí ser una doble existencia; sentía ya germinar las pasiones que agitan a los hombres; las que con más intensidad se iban desarrollando en mí eran la ambición y el orgullo. Despreciaba y odiaba a los de mi primitiva raza (lo mismo he visto después que hacen en el mundo los que suben; desprecian a los que quedan debajo). Al primito de marras le guardaba también un odio inextinguible. Mucho había yo leído sobre la maldad de los hombres, pero nunca en mis más sanguinarios ensueños me había yo podido imaginar que al ser hombre las pasiones se despertasen en mí con tan feroz instinto.

Yo quería a todo trance matar a mi primo. En el mar los pescados más grandes matan a los pequeños por alimentarse; los hombres matan a los hombres por... matarlos. Este último grado de la ferocidad humana no podía comprenderlo mi *sensibilidad* de caimán hasta que fui hombre; de lo que deduje claramente que los hombres son menos sensibles que los caimanes.

Una tarde me paseaba por las orillas del Nilo, cuando vi venir por la parte opuesta al consabido primo con mi novia del brazo: no pude contenerme más, mis instintos de hombre se revelaron, y lanzándome sobre mi rival lo despedacé entre mis dientes; ella, furiosa, intentó vengarse, pero comprendiendo que iba a entablar conmigo una lucha muy desigual en la que de seguro hubiera llevado la peor parte, tomó el prudente partido de decir "ahí queda eso", dejando a su novio abandonado en su tristísima situación.

"Adiós ingrata", le dije, "¡poca vergüenza!", y enviando un recuerdo envuelto en un suspiro a mis padres y a mis parientes, me alejé de aquellas riberas donde había pasado tantos años.

Y atravesé el África, sus horribles desiertos, sus arenales estériles, tierras inculatas, por todas partes zarzas, sol que derrama en cada rayo epidemias mortales, espinas, salvajes.

Y entré en la civilizada Europa, grande, radiante, derramando por el mundo entero torrentes de civilización.

Por doquiera una naturaleza privilegiada, brisa que sopla, ríos que murmuran canciones de amor, aves que llenan el espacio con trinos que embelesan el alma,

árboles cargados de frutos, vigor, grandeza, hermosura, gloria, poder, fortuna, poesía, mujeres con alma de fuego y rostro de cielo, radiantes de perlas y rubíes, ciudades hermosas, resplandecientes, presididas por los placeres, ríos, valles, mares, montañas dominadas por el vapor y la electricidad.<sup>59</sup>

En el número siguiente de *El Barbastrense*, del 5 de septiembre de 1868, se imprimía el último capítulo del cuento:

### HISTORIA QUE A MUCHOS PARECERÁ CUENTO (conclusión)

Desde el momento de mi metamorfosis soy un viajero incansable, una especie de *Judío Errante*. Derramo con prodigalidad bienes por todas partes, queriendo así desquitar los males que hice a la humanidad, cuando me dominaban solo los instintos de *caimán*.

A medida que fui entrando en las zonas templadas, se me quitaron los deseos de visitar el Polo Norte, y de seguir a Julio Verne y al capitán Hatteras; pues vi que el excesivo frío es tan malo o peor todavía que el excesivo calor, y acababa de fijar mi convicción un refrán que aprendí en Ciempozuelos (los españoles se pintan solos para esto de los refranes), que dice que “Todos los extremos son viciosos”.

Paseaba una tarde por las costas del Mediterráneo leyendo un número de la *Correspondencia* cuando me encontré con los manes de Gutenberg y Argensola, que sabedores de mi doble condición y de mis filantrópicas ideas me dijeron:

—¿Queréis prestar un gran servicio?

Una señal mía de asentimiento les indicó que estaba esperando me dijese a quién podría ser útil en algo. Argensola prosiguió:

—Hay hacia la parte más septentrional del antiguo Reino de Aragón una pintoresca ciudad. Se llama Barbastro.

Un suelo rico y privilegiado brinda a sus moradores felicidades sin cuento.

Con el aceite que dan sus frondosos olivares pudieran llenarse millares de lámparas que ardieran constantemente en todos los templos de todas las Religiones y cultos del mundo conocido.

Pues bien; al lado de tanta riqueza hay muchos que *se comen los codos* por no tener otra cosa que comer.

Y es que allí los hombres, ingratos a los dones de la Naturaleza, no la ayudan con los esfuerzos de su brazo y de su inteligencia. La agricultura no da un paso adelante, las máquinas agrícolas son allí inventos inútiles, la industria está paralizada, el comercio agonizando.

No hay ferrocarril que exporte sus ricos productos y que les lleve al mismo tiempo el impulso de actividad que tanto necesitan.

—Mi invento —dijo Gutenberg, llorando a moco tendido— no sirve allí más que para redactar romances y las aleluyas del hombre flaco y de don Perlimplín. Ni siquiera tienen un periódico, que sea el eco de sus necesidades y el faro de su ilustración.

---

<sup>59</sup> “Historia que a muchos parecerá cuento [III]”, *El Barbastrense*, 7 (29-VIII-1868), pp. 2-3.

Ve pues allí y funda un periódico; en este momento se agita en el país la cuestión del establecimiento de un ferrocarril. Tus conocimientos universales, tu experiencia, tu talento pueden serles muy útiles.

Tú que tanto te afanas por el bien de la humanidad, haces con esto un gran servicio a aquella comarca; nosotros te lo agradeceremos eternamente, ya porque contribuirás a ensalzar en aquellas regiones la gloria de mi invento, y ya —añadió Argensola— porque al fin aquel es mi país y porque mis descendientes creo que han olvidado ya hasta mi nombre; sin embargo su ingratitud no disminuye mi voluntad y mi cariño.

—¿Por dónde iré antes a Barbastro? —les dije.

—¿Ves ese agujero, negro como el interior de una chimenea, como la conciencia de un malvado? Pues por ahí sube como hasta 10 000 pies del sitio en que ahora estamos.

Me despedí de aquellos señores que lloraban enternecidos; adiós me dijeron y *expresiones a la fuente del coso*; yo no pude menos de soltar una lágrima del peso de un kilogramo, 30 gramos y 9 miligramos. Empecé a subir, a subir (no tan deprisa como he visto en algunos países subir a puestos más elevados) y llegué hasta un sitio que consultando con mi carta geográfica vi que se llamaba el *ojo de mar*. Estaba en Graus, en el río Ésera, a cinco leguas de Barbastro. ¿Cuántas molestias, cuántos trabajos pasé en mi viaje, en mi travesía por aquel tubo interminable?

Sin encontrar un besugo, ni siquiera una truchuela ni una mala sardineteta, para quitarme el mal gusto de la boca.

En Graus descansé unos días guardando siempre mi forma y ser de caimán, y llenando de terror y de asombro a la comarca.

Por fin una tarde, después de tomar chocolate, me decidí a llegar a Barbastro.

Dí vista por fin a la famosa ciudad, la que me pareció una matrona adormecida en una alfombra de verdura, reclinada su cabeza en una roca y bañando sus pies en el lacrimoso *Vero*.

Verdad era cuanto me habían dicho: una rica y lozana vegetación se ostentaba por todas partes.

Entré en Barbastro convertido en un señorito y sin que nadie pudiera sospechar quién era yo.

Lo primero que encontré fue un grupo de personas que por lo que comprendí hablaban del establecimiento de un periódico en Barbastro.

—¿Qué día sale el prospecto?

—El día 19 de este mes.

—¿Y cuánto durará?

—En Barbastro no necesitan periódicos.

—Esa suposición envuelve en su ironía una recriminación injusta.

—Ustedes lo verán.

—Eso será lo mismo que el ferrocarril.

—El ferrocarril se llevará a cabo, y el periódico subsistirá, eterna manifestación de nuestra vida material el uno, demostración de nuestras aspiraciones y de la vida intelectual el otro.

—Ta, ta, ta, eso es música celestial.

—Para V. que mira con horror todo lo que es adelante.

—Y bien, ¿qué planes, qué proyectos de realización posible se han presentado hasta el día?

—Ninguno; yo diría todos los que paguen contribución de 100 rls. para arriba y que comen principio, suprímanlo desde mañana, y fórmese un fondo con estos ahorros.

Al llegar a este punto una gritería espantosa ahogó la voz del orador, y todos protestaron contra tal medida; de lo que yo deduje que los barbastrenses son gente muy agarrada a sus *principios*...

Hasta aquí lo escrito en el libro de memorias del *caimán*. La siguiente carta firmada en Alicante concluye la historia del caimán cuya aparición causó en el país tanta extrañeza.

“Muy señor mío:

Por un olvido involuntario se han averiguado en esa mis cualidades, mi vida, mi doble y extraordinaria condición, todo, en fin, cuanto me concierne. Quería que mi nombre fuese ignorado y no he podido conseguirlo, y pues que son conocidas todas las intenciones con que arribé a esa ciudad quiero hoy explicar por qué desistí en mi empeño.

Iba a fundar un periódico, el periódico está ya establecido; mis proyectos, mis planes, mis ideas en lo relativo al ferrocarril tampoco hacían ya falta; proyectos, según lo que por mí mismo escuché, es lo que allí sobra, lo que falta es lo que los ingleses llaman *monises*.

Prometí no obstante hacer algo por ese país y de él me ocupo con afán; estoy trabajando para encontrar la *pedra filosofal* con objeto de ofrecerle todas las utilidades de ese descubrimiento; también juego todos los sorteos a la lotería moderna, y ahora he tomado un billete de la rifa de la Peninsular.

Valor, pues, y confianza; pronto cruzará el ferrocarril de Barbastro a Selgua y los que no se hayan roto las narices en el camino que hoy existe podrán bendecir los beneficios de la civilización.

Expresiones al tío Colás y al pilar de la calle de la Esperanza, y un cariñoso recuerdo a los redactores de *El Norte*.

Mande V. a su afectísimo — *Caimán*”.<sup>60</sup>

El mismo día de la aparición de este final del cuento en *El Barbastrense* podía leerse en las páginas del rival capitalino *El Oscense* un nuevo capítulo de la polémica entre Costa y el periódico barbastrense. En este texto, que transcribimos a continuación, Costa —embozado tras las iniciales *A. Q.*— arremete contra Sevil y sus compañeros redactores con la simple intención de la revancha. Es posible que este afán fuera azuzado desde Huesca si hemos de hacer caso a la rivalidad proverbial entre localidades, y más si repasamos que Félix de Antonio fue de los liceístas de 1840 que contribuyeron a la decadencia de la institución desde el momento en que apostaron por la capitalidad barbastrense frente a la de Huesca. Pero seguramente Costa no necesitaba de mayor motivo para la polémica. Juzgue el lector por sí mismo:

---

<sup>60</sup> “Historia que a muchos parecerá cuento [y IV]”, *El Barbastrense*, 8 (5-IX-1868), p. 2. La referencia a *El Norte* se explica porque corría a la sazón el rumor de la pronta aparición de un periódico en Barbastro con ese nombre. En realidad aparecería en la escena *El Aragonés*.

Remitido  
EL FARO DE LOS NIÑOS

Con este título se ha bautizado un tratadito de Religión, dirigido a la niñez, y un artículo del periódico *El Barbastrense*, que lo analiza críticamente. No tratamos nosotros de hablar de la citada obrita, que no hemos leído todavía, ni tampoco de exponer un juicio crítico del artículo: solo sí queremos hacer observar al autor de este último cuán poco acertado ha debido estar en la elección de los fragmentos que entresacó, para hacernos *saborear* lo que llama las *bellezas* de aquella composición, que si por la muestra se ha de juzgar la mercadería, no quedará muy bien parada, dado el caso que pueda resistir un examen de lógica y poética.

No parece sino que autor y crítico son parientes o amigos íntimos cuando se percibe uno del empeño de este en ensalzar a aquel; en cuyo caso se habría faltado a una regla de oratoria y de buen sentido, porque, según nos transcribe el mismo periódico *Barbastrense*, *qui de rebus dubiis consultant, ab odio atque amicitia vacuos esse decet*. El señor crítico no ha previsto que se lo podía interpelar de esta manera: “Si califica V. sencillamente a su autor de escritor insigne, ¿qué adjetivos nos deja para Balmes, autor de *La Religión demostrada al alcance de los niños*, para Chateaubriand, autor de *El Genio del Cristianismo*, para Zorrilla, autor de aquel canto titulado *¡Dios!*, para Klopstock, autor del poema *El Mesías*, para Fray Luis de León, para Milton, para San Agustín, para Santa Teresa...? ¿O es que se quiere introducir la moda de suponer a estos personajes *fuera de concurso*? No hay espectáculo más lastimoso en la naturaleza del mundo de la Literatura que un crítico que abusa de los calificativos; y a fe, pecador de mí, que este espectáculo se nos da con demasiada frecuencia.

Para patentizar los talentos del autor D. Félix de Antonio no vemos que su crítico se hallara en la dura necesidad de lanzar anatema sobre la frente de los escritores que precedieron a aquel en el mismo asunto. ¡Pues qué!, ¿será preciso sacrificar una hecatombe de monarcas para solemnizar la coronación de tal monarca?

Pero he aquí lo que dice:

“... hemos mirado siempre con desdén profundo esas obras que arrogándose el título pretencioso de *Mentor de los niños* se ven plagadas sus páginas de una serie de afirmaciones indigestas; no menos han merecido nuestra reprobación las que escritas con el mismo fin han hecho gala sus autores de una prolijidad extemporánea o de un fundamentalismo petulante”.

(¡Vaya un aluvión de ampollas y aire comprimido!)

No hay escritor tan malo que en medio de sus picardías o sandeces no deje escapar alguna cosa buena; justo es, pues, que esta rosa aislada le sirva de mérito para que le perdonemos las espinas, y para que, ya que no lo elevemos a la apotheosis, al menos no lo despedamos con una mirada de profundo desdén, llamándole *usurpador*, pretencioso, indigesto, reprobado, prolijo, extemporáneo y petulante por añadidura: la caridad del Evangelio prescribe otra cosa: ¿Y no dejaremos [de] pisotear a Voltaire, siquiera cuando declama contra los ateos?

Además, que esgrimir el arma del desprecio para realizar discursos laudatorios es pecar sobradamente de ilógico; el sentido común enseña que nunca sirvió el barro para forjar diademas. Por regla general, no esperemos maravillas allí donde se canta:

Nosotros somos los buenos,  
nosotros, ni más menos.

No decimos nada sobre si “el acierto (*estado de inspiración*) es indispensable para llevar a cabo grandes cosas” (verdad reconocida por Pero Grullo, que la extendió a las cosas pequeñas, hace ya muchos siglos) porque no nos hemos propuesto tocar al estilo del precipitado artículo.<sup>61</sup>

Pero de la inquina y el orgulloso enfado de Costa por no haberse publicado los *Transeúntes* contamos además con un suelto crítico que no apareció en *El Oscense*, pues en la redacción del periódico de la capital se prefirió insertar la polémica revista de *El faro* antes que este no menos controvertido texto “Al número 8 de ‘El Barbastrense’”, que hubo de quedar en la historia como mero borrador manuscrito:

#### AL NÚMERO 8 DE *EL BARBASTRENSE*

De la Miscelánea de nuestro caro colega *El Barbastrense* tomamos esta parrafada: “*Concierto*. No sabemos cómo empezar. La sorpresa y el gozo paralizan nuestra pluma. Ha conseguido organizarse un concierto y, lo que es más, sabemos que estará muy concurrido, es decir, que tendremos el gusto de ver reunidas a todas nuestras lindas pollas, *a todas*, placer de que no había disfrutado el sexo feo en lo que va de siglo, pues avaras de sus gracias, parece como si huyeran de los sitios donde se pudiera admirarlas...”

Dice que “ha conseguido organizarse un concierto”, quitando de por medio toda trasposición, que *un concierto ha conseguido organizarse*. A la verdad, no nos extraña la noticia, pues cuando hemos oído hablar de autómatas que tocaban la flauta, jugaban al ajedrez y escribían todos los idiomas; cuando se ha llegado en Baden a construir orquestas mecánicas que ejecutan los más delicados trozos de *La Sonámbula*, no nos extraña, decimos, que dando un paso más, hayan reunido en Barbastro tal dosis de genio y tales montones de rodaje, que los conciertos se organicen *de motu proprio* como si tuvieran seso. Pero no es esto lo importante ni principal, lo que es más que todo lo ha anticipado el autor, a saber: *que el concierto estará muy concurrido* cuya oración de *sum, es, est* equivale sin duda por aquella tierra a decir que “el sexo feo (¡hum!) tendrá el gusto de ver reunidas a todas las pollas, a todas...”. Esta repetición *¡a todas!* sobrepuja en entusiasmo al *¡Hurra!* de los cosacos del Don, e iguala en el género patético al *¡Hosannah!* de los parvulillos de Jerusalén. Y de que dicho *sexo* no haya disfrutado tal *placer en lo que va de siglo*, no tiene que acriminar a las pollas *lindas ni no lindas*, porque mal trabajo le daba yo si se hubieran empeñado en reunirse todas al fin del *año ocho*, por ejemplo.

---

<sup>61</sup> A. Q. [Joaquín Costa], “Remitido. *El faro de los niños*”, *El Oscense*, 15 (5-IX-1868), pp. 3-4. Número de *El Oscense* conservado en el Archivo Histórico Provincial de Huesca, Fondo Costa, caja 118, carp. 110.27. Agradecemos, una vez más, la eficiencia y amabilidad de la directora del Archivo, María Rivas, al facilitarnos copia de este y de otros documentos costistas allí conservados.

El párrafo que sigue al anterior en dicha Miscelánea deja *suspense* al lector y... *paraliza* el juicio más bien sentado. Tan tenebroso y profundo es que, después de leído de cabo a rabo cinco veces, hay que empezar de nuevo su lectura, y aun así no da uno con lo leído ni por un ojo de la cara; evidentemente, cuando llegaba aquí el autor, ha caído desvanecido en medio de tanto *gusto*, *complacencia*, *precisión*, *actividad*, *galantería*, *lucimiento*, *delicadeza*, *maestría*, *amabilidad*, *iniciativa*, *dotes relevantes* y *derramamientos de armonía*. ¡Santo Dios, y cuánta música del género *variaciones* para anunciar un *concierto que no se sabe cómo empezar!*<sup>62</sup> ¡Si será *sorprendente* el trocito que hasta las mismas *plumas* se quedan *paralizadas* en el tintero! Si es cierta la etimología que me comunicó un estudiante de Filología que decía ser Miscelánea una *mezcla de lanas*, jamás se ha visto más *blanduras* en ningún escrito de los conocidos. No queremos hacer al *Barbastrense* el favor de suponer que la firma que acompaña a aquel suelto lleve su rúbrica por entero.

Y ahora, *cuando están las espaldas bien maduras es preciso frotar las mataduras*. En otro artículo titulado *Feria*, que por lo tierno y poético de sus lamentaciones debe ser salido de la misma *pluma atacada de parálisis*, dice lo siguiente: "Aunque somos enemigos de las funciones de toros, sin embargo como los tiempos que corremos el mal gusto popular ha hecho de este espectáculo el primer móvil de concurrencia y de animación, tenemos que transigir con él; deplorar que haya pasado al panteón del olvido todo cuanto se ha hablado y discutido sobre la idea de levantar una plaza que sustituyera a la que hoy tenemos en ruinas...".

Aclaremos el parrafillo. Somos *enemigos* de los toros; pero tal es nuestro *valor* guerrero que los llamamos a voz en grito. Nos desagradan los inmundos espectáculos, pero sentimos que no se nos den con más frecuencia. Conocemos el mal gusto del pueblo, pero no solo transigimos con él sino que pedimos apoyo para empeorarlo y estragarlo. Conocemos también que son foco de inmoralidad, pero nos lamentamos de no poder llevar allí a nuestros queridos huéspedes. Hemos ridiculizado siempre, y nos alegraríamos que se prohibiera, lo de la vaca ensogada; pero hacemos un llamamiento a todas las fuerzas individuales y colectivas, para que *multipliquen* y *refinen* las animales suertes del redondel. La plaza se derrumba, y ojalá se hundiera para siempre; pero sin embargo resucitamos la idea de levantarla más suntuosa que nunca, no para lugar de Exposición, ni para Gimnasio público, ni para la Instrucción de bomberos... sino para excitar las malas pasiones del corazón humano, para educar a los niños en la escuela de la barbarie y de la carnicería... ¡Ay señor concertista, aquí sí se paraliza la pluma y se erizan los cabellos y se contrista el alma y se llenan de lágrimas los ojos y se viste de luto el corazón!... En Barbastro se manifiesta la acción colectiva para establecer Instituto local, ferrocarril, periódico, coros, etc., como se manifestaría a no dudar para una Sociedad de Socorros Mutuos, para una estatua a los Argensolas, etc.; y solo porque la acción no se declara en toda su majestad sobre un brillante anfiteatro donde se maten en horrible confusión hombre, caballo y toros, se cree V. el derecho de regalar a su activo vecindario con los dictados de rutinario y atrasado. ¡Así cumple su misión el periodismo!

---

<sup>62</sup> En verdad, en verdad, que sin un *Diccionario de Cortesanía* no veo medio de retener tanto *sustantivo sin sustancia*. (Nota de Joaquín Costa).

Pero demos aún otra muestrcita: “En Barbastro no se baila: pesa sobre nosotros un anatema misterioso, y según los pocos vasallos con que aquí cuenta Terpsícore van a suprimirse hasta los bailes de carnaval...”.

¡Si supiera V. cuán pocas lágrimas de *a kilogramo y 30 gramos* derramaría la Moral, aunque se suprimieran de una vez en toda España, como los conventos de los Jesuitas! Según tenemos entendido, señor *Barbastrense*, en Barbastro se baila como en todas partes; y ya tendrán VV. ocasión de ver en el próximo invierno cómo serán bailadas las calles y las plazas más de lo que convenga a millares de infelices que no hallarán pan en sus hogares. *El anatema misterioso* que sobre nosotros pesa es que los que debieran ocuparse de estudiar las causas, concausas, paliativos y remedios de la miseria que nos muestra ya sus descarnadas fauces, pierdan miserablemente su tiempo en proyectar plazas de toros, o martiricen sus talentos en luchas políticas que a la postre no pueden engendrar sino perturbaciones y sangre.

Cuando lee uno *parrafadas* como las transcritas se ve en la tentación de creer lo que frecuentemente repetía *mi abuelita*. Por hablar se dejarían cortar muchos la lengua; y de cada cien palabras que se escriben, las noventa y nueve son inútiles si no perjudiciales.

Quedamos enterados, caro colega: de *los sublimes medios del comercio y de que las ferias son reuniones de vendedores y compradores*; como también de lo de la *bomba americana inventada en Barbastro*, y del Colegio Preparatorio cuya *Discreción directa al Director* hemos apuntado.<sup>63</sup>

Suponemos escritas estas líneas entre el 5 y el 6 de septiembre de 1868, dada la conocida inmediatez con que Joaquín Costa arremetía contra aquello que detestaba (en este caso, el número 8 de *El Barbastrense*, del 5 de septiembre). En esta ocasión el blanco fue Zancada, autor de los sueltos acerca de la Feria de Barbastro y la plaza de toros de la localidad. La ira juvenil de Costa era devastadora y no paraba en detalles ni matices. Al poco, recibió Costa la esperable contestación polémica desde Barbastro no al borrador inédito, lógicamente, sino a la furibunda crítica a la reseña de Sevilla:

#### AL MODERNO GEDEÓN

Respetamos las razones que haya tenido *El Oscense* para dar cabida en sus columnas a un remitido sin otra firma que las letras A. Q. referente a un artículo que vio la luz en *El Barbastrense*, y en el cual nos permitimos hacer algunas apreciaciones de la obra intitulada *El faro de los niños*, escrita por D. Félix de Antonio; pero nos parece oportuno recordar a nuestro caro colega que la costumbre establecida, la caballerosidad y el buen compañerismo prohíben aceptar de fuera artículos anónimos que tengan el carácter de polémica, y sobre todo si se dirigen contra el que ha tenido el suficiente valor de asumir la responsabilidad de sus palabras, estampando su nombre el pie de su pobre escrito.

Respecto de la elucubración del señor A. Q. nada tendríamos que decir, si no se tradujese en sus palabras cierta animosidad hacia nosotros y lo que es más grave cierta inclinación de presentar a D. Félix de Antonio como un escritor adocenado,

---

<sup>63</sup> [Joaquín Costa], “Al número 8 de *El Barbastrense*”, cuatro páginas manuscritas conservadas en el Archivo Histórico Provincial de Huesca, Fondo Costa, caja 118, carp. 110.27.

cuyo nombre desconocido en la república de las letras necesitara que la *amistad* y el *parentesco* cantasen himnos de triunfo en su loor.

Sin haber leído la citada obra, pues hace el remitente tan franca declaración, semejante a un afortunado general, cuya táctica le vale diezmar al enemigo por batallones y escuchar, apenas empezó la lucha, el mágico grito de “¡victoria en toda la línea!”, con aquel golpe de vista que distingue al genio, más pronto y decisivo que el célebre *veni, vidi, vici* de aquel renombrado capitán, nos regala por vía de exordio o de introducción en el primer parrafito de su concienzudo trabajo la siguiente y bien meditada observación: “... Solo sí queremos hacer observar al autor de este último (del artículo) cuán poco acertado ha debido estar en la elección de los fragmentos que entresacó para hacernos *saborear* lo que llama las *bellezas* de aquella composición: que si por la muestra ha de juzgar la mercadería, no quedará muy bien parada dado el caso que pueda resistir un examen de lógica y poética”. Era nada lo del ojo... ¡vaya! Se conoce que el caballero tiene un paladar muy delicado; y eso de no quedar muy bien parada una obra *dado el caso que pueda resistir un examen de lógica y poética* es lo sublime de lo lógico y poético.

Hasta aquí habíamos creído que una obra quedaba muy bien parada *dándose el caso de resistir* un examen de lógica y poética, por aquello de haber oído decir para significar la excelencia de una obra: “*Resiste* al escarpelo de la crítica” “*Resiste* al más minucioso examen”, etc., etc.

Pero donde raya hasta lo maravilloso la precocidad de nuestro desconocido contendiente es en eso de descubrir relaciones que se hubieran escapado al penetrante genio de un Pascal; oídle decir con mucho aplomo: “No parece sino que autor y crítico son parientes o amigos íntimos cuando se apercibe uno del empeño de este en ensalzar a aquel”. ¿Quién lo creyera? ¡Pariente del señor de Antonio! Esto es enmendar la plana al gran Zurita; si este dijo que eran parientes los de un mismo apellido, nuestro *leal* adversario ha descubierto lo que pudiera llamarse la gravitación universal del parentesco, formulando así el principio generador de su sistema: *Los que viven bajo un techo que cobija o cobijó algún día a un pariente de fulano, son parientes de ese fulano*. ¡Amigos del señor de Antonio! Nunca hemos tenido el gusto de estrechar su mano; pero si algún día merecemos tan señalada honra, la estrecharemos con efusión, siquiera sea porque veremos en ella al hombre que ha consagrado su vida a difundir con afán los conocimientos útiles, mientras otros, incapaces de obrar el bien, consumen sus escasas fuerzas en las luchas estériles de envenenada crítica.

“... Si califica V. sencillamente a su autor de escritor insigne —continúa nuestro ilustrado crítico—, ¡qué adjetivos nos deja para Balmes, autor de *Religión demostrada al alcance de los niños*, para Chateaubriand, autor del *Genio del cristianismo*, para Zorrilla, autor de aquel canto titulado *¡Dios!*” para... mí, autor en ciernes de una famosa enciclopedia que llenará de asombro (cuidado con la bomba) a la *naturaleza del mundo de la literatura?*, debía haber añadido el desfacedor de entuertos para redondear el periodo.

¿Conque le parece mal el calificativo de insigne aplicado al colaborador de los periódicos *La América*, *El Faro Nacional* y el *Justicia*, literato aquel, jurídicos estos? ¿Al autor de *El faro de los niños*, al que sin pretensiones, sin orgullo, convencido de su inferior valía ve figurar alguna de sus composiciones al lado de las de los señores Hartzenbusch, Ayguals de Izco y Villergas en una obra del género festivo,

que no nombro, por no ponerse en duda la vasta erudición del remitente? Tranquilícese V., por que coloquemos una hoja de laurel sobre la frente de un escritor notable, no han de faltar coronas para el genio. ¿Pues qué?, ¿tan pobre es la lengua de Cervantes que fuera del adjetivo insigne nada encuentra para encumbrar a las personificaciones de la virtud o el talento? ¿Teme el señor A. Q. que el *abuso de los calificativos* impida a las generaciones venideras celebrar dignamente el ingenioso establecimiento de algún *colegio* de... búhos? Si esto es, ya puede desechar tantos temores. El autor de *El faro* es muy modesto y no se ofenderá por que digamos: “Solo una punible ligereza ha podido en nosotros motivar tan horripilante blasfemia literaria; pero advertidos por una voz amiga, retiramos tan deslumbrador epíteto. ¿Qué dirían Balmes y Chateaubraind desde sus tumbas, si a otros que no fuesen ellos se les llamara Insignes? ¡Nada menos que... Insigne!!! ¡Qué horror! ¡La palabrita mimada de la lengua patria! ¡El *Thau* de los predestinados! Preciso es confesar que merecíamos por tanta indiscreción una lección saludable. La hemos recibido y tan completa que no parece sino que la *enseñanza* es el fuerte del señor de Q.”.

“¡Vaya un aluvión de ampollas y aire comprimido!”, exclama en un bellissimo paréntesis nuestro dómine después de copiar uno de nuestros párrafos; y sin tener esto en cuenta, a las pocas líneas al hablar de los pisotones a Voltaire quiere afirmar y... niega, dando lugar a que la lógica [sea] más pisoteada todavía que el filósofo de Chatenay y a su vez exclame: ¡Vaya un enorme disparate!

Pero hagamos punto; perdemos el tiempo tontamente. Es un insensato quien lucha con una sombra; quien discute con un anónimo dará sus golpes en vago.

Nada decimos del resto del artículo, porque estando calcado sobre un párrafo del nuestro, copiado textualmente, se refuta por sí mismo, y sobre todo porque hasta el más miope echa de ver en él la enconada pasión con que ha sido escrito y la falta de lógica y de sentido común en sus apreciaciones.

Conste pues, para satisfacción del ilustrado remitente, que la oratoria, la lógica, la retórica, la *caridad* evangélica y hasta el apotegma *qui de rebus dubiis consultant ab odio atque amicitia vacuos esse decet* le agradecen el entusiasmo con que ha vuelto por sus ultrajados fueros.

Conste así mismo que nuestro humildísimo trabajo sobre *El faro de los niños* es un páramo sembrado de *espinas* sin una *rosa* que lo mate, pues de otro modo consecuente consigo mismo el anonimista le hubiera prodigado, si no un aplauso, por lo menos una de esas miradas compasivas con que los grandes hombres templan la amargura de su crítica imparcial.

Por último diremos al señor A. Q. que puede replicar cuanto le plazca; desfogar a su sabor su intemperancia comprimida; *El Barbastrense* nada tendrá que oponer a la fuerza de su dialéctica. Si hoy hemos contestado ha sido principalmente por colocar en el lugar que le corresponde a una persona apreciable; mañana tal vez fuera hasta irrespetuosidad mezclar su nombre en una discusión que tal cual ha sido iniciada por nuestro adversario, no entraña ninguna idea generosa, ni responde a ningún fin elevado.<sup>64</sup>

Según solía suceder en estas agrias polémicas periodísticas del siglo XIX, cada periódico terminaba por arropar a su colaborador sin ningún tipo de fisuras, trasla-

---

<sup>64</sup> Alfredo SEVIL, “Al moderno Gedeón”, *El Barbastrense*, 9 (12-IX-1868), p. 2.

dando el debate personal al comarcano. Costa podía estar contento con la rota de la controversia leyendo este comunicado del director de *El Oscense*:

*El Barbastrense*, en su número 9, correspondiente al 12 del actual, contestando al artículo del Sr. A. Q. que vio la luz pública en nuestro periódico, se permite decirnos que faltamos a la caballerosidad con aceptar dicho artículo por solo ser anónimo. Nosotros creemos que puede muy bien una redacción admitir impunemente escritos anónimos con tal que no tiendan a zaherir y calumniar la vida privada. La presente cuestión es en nuestro sentir muy baladí para que se intercale, tal vez con deliberada intención, la palabra caballerosidad, a la que no hemos creído faltar, cuando por otra parte hemos permanecido y permaneceremos completamente neutrales. Además, en ciertas cuestiones que son del dominio público, como la presente, lo menos importante es saber el nombre del autor del escrito, lo que importa es rebatir las razones que aduzca el contrario, bien sea este Juan, Diego o Doroteo.

Rechazamos pues la falta de caballerosidad que nos imputa *El Barbastrense* y le aconsejamos que no mezcle para nada a esta Redacción en asunto a que asiste indiferente y neutral.<sup>65</sup>

Por si era poco el incendio, Joaquín Costa, de nuevo agazapado tras el seudónimo A, Q., echó más leña al fuego y arremetió contra Sevilla en las páginas del mismo número de *El Oscense* en el que había sido defendido por Antonino Arizón (el 21, del 17 de septiembre de 1868). Si en los anteriores textos había pocas razones y escasos argumentos, salvo los íntimos y personales, en el penúltimo capítulo de la polémica no encontramos sino encono:

Remitido  
DOS PALABRAS AL... NUEVO ZURITA

Queriendo hablar EL BU,  
se equivocó y dijo... MU!

Con más destemplanza y menos método de lo que podía esperarse de todo un crítico, ha contestado el señor Director de *El Barbastrense* a nuestro comunicado del día 5, titulado *El faro de los niños*. Armado con la égida de D. Félix, y vagando por mundos imaginarios, no ha conseguido más que escupir al cielo. Sonámbulo en el último grado de lucidez, ha visto odios, adocenamientos, precocidades, animosidad, enciclopedias en ciernes, colegios de búhos,<sup>66</sup> principios generadores (esta nos faltaba), etc., donde solo había un triste comunicado firmado con iniciales. Las oficinas de su imaginación, como diría Feijoo, se llenaron de duendes, e

<sup>65</sup> [Antonino Arizón], suelto en la página 3 de *El Oscense*, 21 (17-IX-1868).

<sup>66</sup> ¿Van Vdes. entendiendo?, pues nosotros ni pizca. Pero ni importa con tal que él se entienda. Si hace aquí alusión a alguna persona, no le arrendamos los remordimientos a su conciencia. Lucido se ha quedado. (Nota de Joaquín Costa).

hincháronse los globos de sus ojos. Los dedos le parecieron huéspedes, las aspas de molinos endriagos y gigantes. Cuando no hay pan, dijo sin duda, buenos son los pastelillos; si faltan las verdades, bien puede uno hacer el visionario. Escandalízase de que el mundo de la Literatura tenga su naturaleza,<sup>67</sup> como la tiene el mundo de los malos críticos, como la misma Naturaleza tiene su mundo. Trae por los cabellos algunos textos, capaces por su entusiasmo y oportunidad, de hacer estremecer en la tumba las cenizas de Farnaces.<sup>68</sup> Un descuido del cajista que escribió *dejaremos* por *dejaremos de* (cuya errata no le convino leer en el siguiente número) le hace ver una montaña de contradicciones y disparates. ¡Bienaventurados los que ven sin haber mirado!

No tenemos que desfogarnos de nada, fogoso crítico: donde no hay más que templanza y *hielo*, mal puede eliminarse fuego. Por el contrario, Sr. Sevil, examine V. a su *Moderno Gedeón* seis días después de haber... abortado, y verá V. cómo se quema las manos. Un consejo: no deposite V. los borradores junto al original de su asombrosa futura enciclopedia, porque pudieran abrazarla y quedarse el mundo científico con un palmo de narices. Tan mal disimulada está la rabia con que escribía que casi puede asegurarse que rasgaba el delgado papel, y que torrentes de sudor brotaban de bajo su formidable casco: a verlo entonces Sancho Panza, hubiera creído que se le derretían los sesos; a verlo el legislador de los Judíos, hubiera exclamado:

“Brillantes carbunclos son sus ojos, y su pluma cual flecha ardiente; las palabras de su boca son como espumarajos, y su lógica como una espada de dos filos que aniquila a sus enemigos.

Voraz hoguera ardía en su corazón, y sus golpes eran dirigidos por los espectros, etc.”.

Después de haberse ensañado con su *enciclopedia* y su *colegio* (¡Ja! ¡Ja!) el señor crítico, le parece poco esto, y quisiera ver traducido el monomio A. Q. para cargar a la bayoneta con un individuo. ¡Qué pobreza de espíritu querer devolver en insultos personales lo que se le regala en advertencias! ¡Y lástima que tan hermosa lógica no haya servido más que para hacernos recordar dos célebres burros; uno cargado de reliquias, y otro vestido con una piel de león!

*Razón* podrá faltaros esta vez, señor Sevil, pero *razones* y palabras las tenéis de sobra. ¡Oh dichoso escritor, cuyas ideas llevan en sí mismas la refutación de toda crítica! Por lo que a nosotros toca, paciencia, que todo se andará; y aunque a nuestra edad sea ya duro, estas *escasas fuerzas* se irán robusteciendo poco a poco en la lectura de las producciones con que usted quiera honrar nuestra madre patria, y embellecer *la naturaleza del mundo de la literatura*.<sup>69</sup>

---

<sup>67</sup> Castelar ha escrito: *Vida de la Historia, Mundo de las ideas, Mundo literario, Secretos del mundo del hombre, del mundo del arte, del mundo de la naturaleza*. Si Castelar quiere perfeccionarse en el habla castellana, tiene que suscribirse a *El Barbastrense*. (Nota de Joaquín Costa).

<sup>68</sup> Con más malicia que buena fortuna nos da lecciones de lealtad, traduciendo lo condicional por afirmativo, y lo afirmativo por negación burda. (Nota manuscrita de Joaquín Costa al margen de la edición impresa).

<sup>69</sup> Cuidado con las bombas, ciudadano Sevil: la artillería es oficio muy peligroso si no se aplica bien la puntería. En la página 4 de este número 21 (17-IX-1868) de *El Oscense* continuaba el artículo impreso con una “Nota” donde se hacían algunas observaciones, minucias, acerca de la ortografía mostrada

Todavía hubo tiempo para una última contestación desde Barbastro:

Dice *El Oscense* en su último número, contestando al artículo de nuestro compañero de redacción D. Alfredo Sevil, que en las “cuestiones que son del dominio público, lo menos importante es saber el nombre del autor del escrito, lo que importa es rebatir las razones que aduzca el contrario, bien sea este Juan, Diego o Doroteo”.

Aunque quisiéramos, no podríamos seguir los consejos del colega; pues en el segundo remitido de nuestro *anónimo* adversario, en el que aludiendo al señor Sevil, empieza con los siguientes versos: “queriendo hablar el bú- se equivocó y dijo mú” (*por esta muestra puede juzgarse la mercadería. ¿Qué les parece a ustedes de la culta y escogida literatura de los remitidos de El Oscense?*) no hemos encontrado nada a que pueda darse el nombre de razones: la dialéctica se esconde ruborizada detrás de una amalgama de *duendes, huéspedes, aspás, molinos, endriagos y gigantes*.

¿Cree el colega de Huesca que nuestra dignidad puede aceptar una lucha noble, con quien tan rastreamente lanza sus tiros oculto en el ignominioso baluarte del *anónimo*?

¿Quién aceptará la responsabilidad de las palabras de nuestro *leal adversario*? La sombra, el jeroglífico A. Q.; porque *El Oscense* dice en su último número “no se mezcle para nada a esta redacción en asunto a que asiste indiferente y neutral”.

Gracias por tan generosa neutralidad; neutralidad que esté seguro, no pondrán en compromiso nuestras réplicas.

Las columnas del más humilde periódico se desprestigian al descender al terreno de las cuestiones personales.

*El Oscense*, al rebatir las apreciaciones que hacíamos de su conducta en nuestro número anterior, dice que en nada faltó a los deberes que impone la prensa, al dar cabida en su número nueve a un remitido en el que se iniciaba una de esas enojosas polémicas rechazadas por la dignidad y el sentido común.

Nuestro modo de ver difiere notablemente en este punto.

Si a nuestra redacción hubiera llegado un escrito en el que ni aun a la sombra de la más leve reticencia se deprimiera en lo más mínimo, tanto en su vida privada como en su vida pública, a cualquier redactor o colaborador de *El Oscense*, ni nuestra delicadeza, ni nuestro compañerismo nos hubiera permitido darle cabida en las columnas de *El Barbastrense*.<sup>70</sup>

La revolución de septiembre se llevó para siempre el lodo de esta agria polémica nacida del orgullo del joven *León de Graus*. Desaparecieron *El Barbastrense* y *El Oscense* y con ellos los restos de una tormenta periodística estival que hemos podido reconstruir gracias a la recuperación de los números de *El Barbastrense*.

---

por Sevil en *El Barbastrense*. Costa, en nota manuscrita debajo del texto impreso, indica que “Remitido el artículo que precede desde Barbastro a Huesca, no hubo lugar ya de introducir algunas correcciones que envié posteriormente (pues ya se había compuesto en la imprenta), y solo el amigo [Vicente] Mur añadió la nota siguiente de la que solo es mía la cláusula copiada arriba en el margen [ya transcrita por nosotros; vid. nota anterior]. (Nota de Joaquín Costa).

<sup>70</sup> *El Barbastrense*, 10 (19-IX-1868), p. 4.

Curiosamente, el paso de los años hubo de invertir las filias y fobias íntimas de Costa hacia las, a la sazón, dos principales localidades de su provincia natal. Si en este 1868 y los inmediatamente siguientes Costa se sintió a gusto junto a los Antonino Arizón, Manuel Camo y demás republicanos oscenses —en Huesca haría excelente propaganda de la futura Institución Libre de Enseñanza, teniendo a *El Diario de Huesca* como privilegiado vocero de la misma—, al cabo de menos de tres décadas un León ya más tallado hubo de enfrentarse al cacique Camo y su centro neurálgico de operaciones, Huesca, en franco contraste con el éxito de sus *campanas de desfonde* desde la Cámara Agrícola y Barbastro. Ahora los Mariano Molina o Pascual Queral serán sus conmitones —tan hostiles a la bien pintada Infundia/Huesca de *La ley del embudo* (1897) de Queral, cuyo demoledor prólogo firmó Costa—, mientras que la relación con Zancada mejoró hasta tal punto que en los números de *La Ilustración Nacional* de los amenes del siglo XIX se siguió con fervor los movimientos políticos y la propia figura de Costa. El influjo del pensamiento regeneracionista del *León de Graus* puede documentarse en artículos de aquella época de Zancada y señaladamente en el ideario reformista de su hijo Práxedes Zancada y Ruata. Claro es que estos eran otros tiempos: ni Zancada podía ya ufanarse de ser un *pollo* apuesto que, enfundado en su uniforme militar, escribía seguidillas a encantadoras lugareñas, ni Costa, menos agobiado por la sensación de fracaso e incompreensión, hacía mucho caso ya de lo que por entonces calificaba de *novelerías*. Así, como *pecadillos de juventud* —que, sin embargo, tanto nos cuentan del Costa veinteañero y de algunos de los tics más significados de su personalidad— habría de recordar Costa esos *Transeúntes* y *nuevos Zuritas* que en estas páginas hemos desempolvado para completar fragmentos curiosos y muy reveladores de la biografía del joven autor de las *Ideas apuntadas en la Exposición Universal de 1867 para España y para Huesca*.